

gañarse; y antes de abrir su alma á la gratitud, quiso convenirse bien si Fortun era efectivamente hijo del Hernan que á él le habia salvado. Con tal objeto hizo una señal á las guardias, y estas se retiraron.

Cuando hubieron quedado solos en la cámara él, su hija y el cristiano, le dijo con suave modulacion.

—Cristiano; he oido que eres hijo de Hernan?

—Así es en efecto: respondió el cristiano.

—Pero ese Hernan es un valiente soldado que mandaba un escuadron tan bravo como él?

—Mi padre siempre fué valiente.

—Cual era la divisa de su escuadron?

—A qui la teneis; respondió Fortun llevándose la mano á la cota; una cruz sobre un sol, grabados en el pecho.

—La misma! dijo el Emir con alegria; la tengo muy presente.

—Tu padre es alto, arrogante...

—Pues, de rostro dulce, de mirada espresiva...

—Dime Fortun, lo interrumpió el Emir, como si una idea nueva asomara á su mente; se halló tu padre en una batalla que se dió hace 14 años en las faldas del Moncayo?

—Si señor, cuando los cristianos trataron de tomar este castillo al que no pudieron acercarse. Entonces era yo niño y ya marchaba junto á él.

—Tú eres! exclamó el Emir rebotando placer sin que acabara de hablar Fortun; tú eres el hijo de mi bienhechor... y alargándole la mano prosiguió con regocijo; permiteme ó jóven estrechar tu mano ya que no pueda hacerlo al valiente Hernan. Oye Fortun; en singular batalla con tu padre, fui vencido en la refriega que hemos mencionado; un escudero levantó contra mi su tizona, y hubiera descargado el golpe mortal, si la mano protectora de Hernan no se hubiera puesto por medio.

Y apretaba cada vez mas la de Fortun.

—«Ve, dijo en seguida á su escudero; la accion reclama nuestros brazos en otra parte; no hemos venido aquí á asesinar árabes si es á defender nuestra religion» y ayudándome á levantar, añadió: «busca moro otro caballo, y medirás tu alfange

con mi espada.» O jóven, esa es una accion tan grande que jamás ha podido borrarse de mi memoria. Hernan dió entonces pruebas de ser soldado intrépido, noble caballero, y hombre caritativo. Desde aquel dia he deseado aunque en vano manifestarle mi agradecimiento; pero hoy felizmente puedo hacerle ver en su hijo, que Abou-Alhama no olvida un beneficio, que Abou-Alhama es tan generoso como él. Fortun, ya eres libre.

—O Emir, pronunció Fortun rindiendo una rodilla, á cuyo movimiento crujieron sus armas, y onduló su penachó. Grande es en verdad la nobleza que abriga vuestro pecho cuando despues de 14 años conservais presente el favor que os dispensó un soldado.

—Alza Fortun. Tambien el corazon de un moro tiene virtudes.

En este mútuo reconocimiento entre Abou-Alhama y Fortun; en esta reciproca congratulacion, no era Zahra la que menos gozaba; pero gozaba callando y con los ojos fijos en el suelo.

—Sí; prosiguió el Emir llevándose la mano al pecho con dignidad; estoy satisfecho por haber ejercido mi generosidad, por haber cumplido con el deber que me ligaba á un cristiano; pero esa satisfaccion ó Fortun la debo á mi hija: y la miró con dulzura mientras le tendia el brazo derecho por los hombros.

Zahra levantó cándidamente su rostro de púrpura.

—No queda duda, continuó el Emir con emocion; si mi hija guiada de su caridad no hubiera abandonado su cámara de oro para penetrar como tiene de costumbre en las cavernas del castillo, en busca del desgraciado; ni Abou-Alhama conocería al hijo de Hernan, ni el hijo de Hernan disfrutara ya de libertad. Ella te ha dado la vida Fortun; en prueba de reconocimiento bésale la mano.

Fortun se prestó gustoso á semejante muestra de sumision, y no bien habia doblado una rodilla delante de ella, cuando Zahra le presentó su mano blanca y lustrosa. Fortun la apretó acercándola á sus labios, y este beso fué un beso eléctrico que conmovió los corazones de ambos.

—Mucho gusto tendria, ó jóven, dijo el Emir, en que vivie-

ras con nosotros; te nombraría teniente del Walí y serías honrado de todos, pero en mi castillo no puede permanecer ningún cristiano: hazte musulmán y habitarás en nuestra compañía.

—Hazte musulmán, y vive con nosotros; murmuró Zahra con dulce voz, ¿no lo oyes? el Emir te lo ofrece.

Fortun palideció, y calló un momento.

...Duda el hijo de Hernán? sucumbe Fortun ante la hermosura de una mora? vende su religión por una mujer? No, no es posible: al lanzarse á la guerra empuñó la espada jurando por su Dios morir en defensa del cristianismo; y un guerrero cristiano no es perjuro: pero la voz de Zahra, es la voz de Satanás que se reviste de tan bellos atractivos para infiltrarse en lo más profundo de las arterias de Fortun, y turbarle la razón.

—¿Qué dices? preguntó el Emir observando su silencio.

—Dadme tiempo para pensarlo.

Fortun había concebido un proyecto.

—Bien, te doy seis días.

—Piénsalo pronto añadió Zahra mirándolo con tierna sonrisa.

Esta palabra, esta mirada, esta sonrisa fueron otro cañonazo disparado por Satanás contra el cristiano.

—En el entre tanto, prosiguió el Emir; voy á publicar una orden mandando que te se tributen los honores de capitán, que te se de habitación en la plaza, y que te se devuelva la espada que cuelga como trofeo en la sala de armas.

Pasado un corto rato de conversacion indiferente hizo Fortun una elegante cortesía, y salió de la cámara del Emir. Zahra besó la mejilla de su padre y se subió contenta á su estrado agitando en su paso el manto azul, como una tórtola agita sus alas al remontarse á su nido.

Así que quedó solo Abou-Alhama, se reclinó sobre los cojines, aproximó hacia si un pebetero con incienso de la Arabia, y encendió una larga pipa; mas al entregarse á tan voluptuosos goces, oyó la voz de un ayuda de cámara que decía sin abrir la puerta:

—El Walí desea hablaros.

—Que entre.

Al instante se presentó Alí vestido de gala; pero agitado, y con las cejas fruncidas.

—O Emir, exclamó con orgullosa arrogancia; mucho me extrañan las nuevas que circulan por el castillo á cerca de mi cautivo, á las que no he podido dar crédito.

—A tu cautivo acabo de otorgarle la libertad hace un momento.

—Oh Alá... gritó Alí dando un paso atrás; y es cierta la noticia que tanto desagrada al ejército?

—El ejército callará.

—Señor; prosiguió con énfasis, no os opongais al deseo de mil hombres armados; sus consecuencias son á las veces terribles hasta para el mismo soberano.

—Agradezco tus consejos Alí, dijo el Emir sonriéndose, pero no te los pido.

Luego prosiguió en tono serio:

—Muy desatento estas en verdad: ¿quién ha armado esos mil hombres? no son zencetes? Ese ejército formidable que tantos recelos te infunde por la tranquilidad de tu soberano, lo verás rendido á mis piés á una sola palabra mia.

Alí se mordía los labios de rabia; era la primera vez que se le contradecía en el mundo, y su genio fogoso no podia reprimirse ni aun delante del Emir.

—Ríndase enhorabuena el ejército á vuestros piés, respondió sin poder ocultar su ira; pero... ¿con que ley me usurpais un prisionero de guerra? un prisionero que debo al Profeta por mi padre?...

—En mi castillo, repuso Abou-Alhama con dignidad, y alargando la mano; desde el último esclavo, hasta el Walí, todos estan sujetos á mi voluntad.

Alí calló; pero se vió circular por sus venas una corriente de bilis.

—Si Alí; nadie ha hablado jamás á su Emir como tú, y de ello tengo yo la culpa; yo que te he distinguido con honores que aun no han ganado tus armas; yo que te he conferido una autoridad á que no eres acreedor.

Semejante lenguaje humilló algun tanto el orgullo del Walí que en tono algo mas sumiso dijo:

—O Emir, qué objeto os habeis propuesto en perdonar á un cristiano? no quereis recordar las algaras tan arriesgadas que he acometido por alcanzar un prisionero noble? no sabeis que mi felicidad está pendiente del juramento que presté ante el Profeta?... Decidme Emir, qué objeto llevais?...

—Como Emir, contestó Abou-Alhama, me bastaria responderte que lo he hecho porque asi me ha agradado; pero Alí, siempre te he apreciado, y hoy quiero ser demasiado indulgente contigo. Lo perdono porque debo perdonarlo, porque es hijo del valiente Hernan que tan generosamente me salvó á mi la vida.

—Y qué tiene que ver la generosidad del padre con la muerte del hijo? replicó Alí volviendo á su antiguo ceño; y Zahra qué dirá al ver que vos retrasais su matrimonio?

—Zahra?... prosiguió Abou-Alhama sonriéndose; Zahra es un dechado de virtudes, y ella... ella misma es quien me ha implorado su libertad.

—Ella ha implorado su libertad?...

—Sí; ella que ama mucho á su padre, y por lo tanto respeta mucho su honor.

En los movimientos, en el rostro, en la mirada de Alí se pintaban todos los síntomas de una desesperacion completa: el amor lo agitaba con violencia, pero ese amor sensual de los musulmanes que no reconoce freno; la venganza que iba á saciar en un cristiano se hallaba frustrada, y nada menos que su querida era la que así lo habia dispuesto. Tales reflexiones inflamaron de nuevo el orgullo de su corazon, y en un tono bastante desabrido habló de este modo.

—No habeis reflexionado bien, ó Emir, vuestra determinacion; no habeis tenido presente el capitulo IX del Coran que dice: *Si la suerte de las armas pusiera en tus manos á los cristianos, aterra con su suplicio á sus secuaces, para que escarmienten.*

—Cómo!... gritó Abou-Alhama incorporándose, al Emir te atreves á citar autoridad..., jóven atrevido, trata á tu soberano con el acatamiento que se debe.

—Señor, no os irriteis, murmuró Alí bajando la cabeza.

—Tu mismo has pronunciado la sentencia del prisionero, incauto mancebo; prosiguió Abou-Alhama algo aplacado con la humildad de Ali; concluye, concluye ese capítulo que has comenzado; él acaba diciendo: *tratalos conforme á sus obras*. Las obras de Hernan fueron perdonarme cuando me tenia tendido debajo de su espada; el Coran me manda perdonar á su hijo cuando lo tengo preso en mi Castillo. No quiero Ali, continuó el Emir recobrando su acostumbrada tranquilidad; no quiero castigar tu desenfreno; y mas me cuadra compadecerme de tu jactancia... Ve á las faldas del Moncayo, donde ahora se acogen multitud de cristianos, y puesto que Fortun está libre y se le respetan todos sus derechos; busca otro noble en quien vengar la muerte de Mahomet.

Ali hizo una cortesía y desapareció.

Abou-Alhama algun tanto irritado con la altivez del Wali; subió á la cámara de Zahra á buscar en los brazos de su hija un bálsamo para calmar su inquietud; pues le profesaba un cariño tan absoluto, que Zahra era el único objeto de su atencion, y en Zahra veia reunidas todas las delicias de su existencia.

CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA



CAPITULO V.

EL ENCUENTRO.

LA mañana siguiente al día en que se perdonó al cristiano, abandonó Zahra el lecho antes de lo que tenía por costumbre, y agitada por las palpitations que conmovian su pecho, salió á la ventana á disfrutar los encantos de una mañana de primavera.

Serian sobre las tres, y la naturaleza aun dormia: el ruido de la banderola que tremolaba sobre la torre; las sombras que proyectaban los montes; las flores que se desplegaban en los jardines del castillo; todo contribuia á amenizar las bellas imágenes que surcaban la fantasia de Zahra: imágenes mas dulces, mas espresivas, mas animadas que las que en otro tiempo se formaba; y aunque la hija del Emir no conocia todavía ese fuego vital tan activo que daba dulzura, espresion, animacion á sus ensueños, le agradaban sobre manera, y arrullada por las brisas del Alhama que oreaban su rostro, se adormecia con ellas.

En tan mágicos letargos se deslizaron algunas horas para la Princesa, mientras observaba distraida las diferentes gradaciones que el día presentaba al desarrollarse.

Una palidez blanca se apoderó del cielo, y el silencio de la tierra parece que se aumentó en aquel instante. A esta palidez suceden mil aguadas de púrpura que tiñen los aires; y la tímida golondrina despliega su canto sobre las almenas de las murallas.

Un rayo de sol oscurece tales prodigios, y la naturaleza despierta de repente: el eco de los atabales retumba en el castillo, á cuyo sonido sigue inmediatamente el ruido de las armas y el clamoreo de los musulmanes.

Zahra cierra las ventanas de su cámara.

Ha visto nacer un dia en el universo; pero tierna niña no conoce que en su corazon está naciendo otro dia, el dia del amor: plácido, sereno, atractivo en el alba; hermoso y radiante en la aurora; su sol es terrible, abrasador; y cuando brilla el primer rayo; ay! ya es tarde, ya no hay remedio, tenemos que sufrir sus encendidos ardores, porque el sol jamás retrocede en su carrera.

La Princesa entrabâ hoy en el crepúsculo de un nuevo dia, y todo crepúsculo siempre es templado: jóven mariposa volaba en torno de una luz que la embriagaba; pero no sabia que el foco de aquella luz divina, causaba la muerte, y por lo tanto no pensaba en evitar sus estragos.

Habian trascurrido algunas horas; la fuerza militar del castillo se hallaba formada en la plaza y Allí á su cabeza, cuando Zahra acompañada de su ayo Als-far, se dirigia á tomar los baños: al ver á la Princesa el ejército, la victoreó gozoso, y ella respondió con una de aquellas sonrisas de ángel que tan peculiar le era, y con la que atravesaba el corazon del hombre.

El paseo que conduce desde la puerta oriental de la plaza fuerte al baño de la Princesa, estaba recientemente regado; y las flores de las dos espalderas que lo formaban, despedian gota á gota, á manera de perlas, el rocío que habian aspirado sus corolas.

Al cruzar Zahra por esta calle de arena, rielaba el sol en el oro de su capellar, y reflejaba en su turbante blanco y en su media luna de plata.

Seis negros eunucos la esperaban en el jardín del baño, y la Princesa penetró por las cortinas de la tienda.

Concluido el baño, y despues de haberse perfumado las manos y la cabellera con unguento de nardo; quiso dar un paseo solitario, para lo cual eligió el juego de la ballesta, colocado, como ya sabemos, al otro lado, es decir, al poniente de la plaza fuerte.

Al atravesar el estrecho corredor que unia la plaza de los baños con el juego de la ballesta; corredor sombrío, compuesto por la cortina septentrional de la plaza y la contramuralla, se quedó parada de repente y apenas pudo contener un grito de sorpresa; porque, en efecto, aquella idea con formas humanas, que no se apartaba de su imaginacion, que le tenia embargado el pensamiento, la vió realizada de repente junto así: esta imagen era la de un cristiano, y un cristiano fué quien la obligaba á pararse.

Fortun, poco tranquilo y hecho tambien el juguete de mil reflexiones encontradas, habia dado un paseo por aquel mismo sitio que sin duda era el único solitario del castillo; y al salir de allí, movido por la casualidad y sin direccion fija, se tropezó agradablemente con Zahra.

No iba el cristiano en armadura; un casquete encarnado sujetaba su hermosa cabellera, un pantalon verde y una almillá ó chaqueta azul recamada en plata completaban su traje airoso, sencillo, y elegante,

Fortun llevaba bordada en el costado izquierdo una cruz roja; y en el turbante de Zahra se desplegaba la media luna de plata: acaso fuera esta la vez primera desde que Tarif pisó el suelo español, en que se encontraban la cruz y la media luna sin declararse la guerra.

—Señora, me perdonareis si os he sorprendido, dijo el cristiano á la mora, pasad: y se apretó contra la muralla.

—No Fortun, respondió Zahra con virginal dulzura: tenia deseo de verte para hablar un momento contigo.

—Señora el mismo deseo me animaba á mi, pero no me creia digno de tal honra.

—Por qué no? preguntó sonriéndose.

—Temia incomodaros.

—No, no me incomodas; que tienes que decirme? siéntate aquí y habla.

Los dos se sentaron en la banqueta de la muralla.

Un rayo furtivo de sol que penetraba por los adarbes reflejaba en la media luna de Zahra, y alumbraba la cruz bordada en el pecho del cristiano.

Un corredor tan solitario y tan silencioso como el presente era el lugar mas adecuado para que dos tiernos amantes diesen curso libre á sus afecciones comprimidas.

—Comienza; dijo la Princesa mirándolo con gracia.

—Señora, no hablaré antes que vos.

—Comienza, te lo suplico.

Fortun hizo un gesto de condescendencia.

—Yo Princesa únicamente tengo que daros las gracias, cosa que aun no he podido hacer, por el singular beneficio que sin título alguno he recibido de vos.

—Conceder la libertad á un cautivo, no es un beneficio tan grande como lo quierdes hacer, para quien nada le cuesta.

—Ah! murmuró el cristiano suspirando; Princesa, la vida me habeis concedido, pero la libertad me la habeis robado.

Zahra fijó los ojos en el suelo, y dejó caer sus hermosos párpados.

—Vamos y te resuelves? continuó á luego como si se le ocurriera un pensamiento diferente de la conversacion; te resuelves á quedarte en nuestro castillo?

—Y qué he de hacer en él? sufrir un tormento mas cruel sobre ser mas largo que aquel de que me libró vuestra caridad?

—Vaya, repuso Zahra sonriéndose con la inocencia peculiar de los diez y ocho años; sí, creo que padecerás tormento entre estas altas murallas, donde yo infeliz estoy condenada á vivir, porque de ese modo te hallarás separado de tu cristiana.

—No me martiriceis Princesa; juro por esta cruz, y se llevó la mano al pecho; que desde que os ví la vez primera, no se aparta de mi memoria la hija de Abou-Alhama.

—Esa es la cruz? preguntó Zahra sorprendida.

—Pues qué no la conocéis?

—No; contestó tocándola con la mano, muchas veces he oído nombrarla, pero jamás la he visto, es muy bonita...

—He jurado morir en su defensa, y mandais que me recluya en vuestro castillo?

—Es verdad, continuó la Princesa enterneciéndose, mi padre espera tu contestacion; dile que te marchas y ve á pelear por tu Patria y por tu Dios: vete, y cuando la fama de Fortun llegue á este castillo, me quedará la satisfaccion de haber tocado una vez la cruz de su pecho.

El cristiano tan dispuesto á favor de Zahra se iba enterneciendo por grados, y su ternura estaba combinada con otro sentimiento.

—Qué puedo yo prometerme, ó Princesa, exclamó agitado viviénd en el alcazar de Abou-Alhama?

—Pues qué, no te ha ofrecido él mismo, nombrarte lugar teniente del Wali? Aquí todos te amarán porque te ama el soberano.

—Todos me amarán?..

—Creo que sí.

—Ah!... si todos me amaran, si me permitierais hacer os una pregunta... si á ella respondieseis como deseo... entonces...

—Qué pregunta es esa?

—Me arrepiento de haberme insinuado.

—Por qué?

—Por qué!...

Fortun reflexionó un momento.

—Porque á mi pregunta os irritais vos; se indigna vuestro padre; se conmueve el castillo que nos sostiene; tiembla la media luna de vuestro turbante, y tiembla la cruz de mi costado.

—Pues cuál es? le dijo Zahra asustada.

—Cuál?... si me amariais vos...

—Si te amaría...

La Princesa bajó los ojos sonriendo.

—Sin vuestro amor Zahra me es imposible vivir.

—Y á una pregunta de amor crees que se estremece el castillo, que tiembla la media luna, y tiembla la cruz?... no Fortun, el amor debe ser muy dulce...

—Pero á mi me es permitido gozar de esa dulzura? Bien conozco, ó Princesa, lo atrevido de mi peticion; bien conozco que un miserable prisionero no debia levantar sus ojos hasta la Diosa que le salvó; pero ah!... me salvasteis para enseñarme á amaros y para hacerme padecer: yo veo el abismo que media entre una Princesa y un capitan, y por lo tanto... os suplico que me dejéis huir de vuestro lado y entregarme de nuevo al ejercicio de las armas; permitid que me aleje de vos.

Un language tan humilde y tan apasionado que jamás habia herido los oídos de Zahra, conmovió en extremo su corazón amante en alto grado de lo bello; y lo tenia suspenso de los labios del cristiano.

—No te marcharás; respondió con ternura.

—A que disimular, Princesa? conozco mi locura, pero no puedo vivir aquí sin que me ameis.

—Si yo amara no amaria á otro que á tí; repuso la Princesa mientras ajaba ruborizada el extremo de su manto.

—De veras? me amariais? exclamó Fortun rebosando alegría; y le tomó una de sus manos que Zahra alargó sin la menor resistencia, porque amaba con el descuido que aman todas las moras.

Esta conversacion que comenzaba á hacerse tan animada fué interrumpida por un redoble de atabales y clarines, y por el estruendo de muchas armas como si se dispusiera para la guerra un numeroso escuadron de caballería.

Con efecto, era Alí que marchaba furioso con su tropa á buscar otro cristiano que sacrificar, entre los muchos que se guarecian en las faldas del Moncayo.

—Retirémonos dijo Zahra; va á pasar por aquí tropa, y debemos ocultarnos de su vista.

Los dos se despidieron con emocion; y cada uno marchó á su cámara.

Cuando Fortun se halló solo en su gabinete, se dirigió una mirada asimismo y se encontró poseido enteramente del amor á una musulmana; á cuyo pensamiento no pudo menos de aterrarse. Vió un amor que habia comenzado por agradecimiento; que insensiblemente se habia infiltrado por sus arterias

hasta el corazón, y que le hacia responsable ante su padre, ante su Patria, y ante su religion. Fortun no queria amar; pero ya le era imposible dejar de hacerlo: ¿y quién resiste á las saetas del amor? ellas atraviesan con igual fuerza al hombre, á la mujer, al feliz, al desgraciado, al tímido aldeano y al valiente guerrero; mas nuestro cristiano al someterse á él, entraba en una lucha de la que se proponia salir venciendo; reflexion que tranquilizó su alma y le dió libertad para entregarse abiertamente á Zahra, porque amando á esta, trabajaba tambien por su Dios, pues concedor algun tanto, aunque jóven, de la fragilidad humana; suponía que en cuestiones de amor, antes sucumbe la mujer que el hombre, y así gozaba anticipadamente en halagüeñas esperanzas.

Si la Princesa le amaba con ternura; no cedería á sus instancias? no tendría él bastante elocuencia, animado por el fuego de la pasión, para arrastrar hacia sí una niña de diez y ocho años?...

Sí; Fortun se proponía todo esto y se proponía tambien arrancar esa perla oculta entre los peñascos de Cervera.

—Uno de los dos tiene que ser infiel á sus creencias, pero oh Dios mio! no permitais que lo sea yo, yo juré morir defendiendo vuestro nombre, y cumpliré mi juramento. No Hernan; exclamó con el entusiasmo del deber; no acusarás á tu hijo de infiel; el amor que hoy le devora, y mil amores que le devorarán, serian hollados por sus piés, antes de faltar á su juramento, á su Patria y á su Dios.

Fortun haciendo sacrificio de lo que mas amaba, aparecía sublime: en sus ojos brillaba el fuego de la pasión, pero en su frente se veía la fuerza para vencerse, fuerza propia de un guerrero del siglo VIII.

No halló otra cruz que la bordada en su pecho, que no podía arrancar; é hincado de rodillas adoró un momento; sumiso y fervoroso, la cruz que formaba el puño de su espada!

Qué ensueños tan gratos! qué devaneos tan agradables, que esperanzas tan halagüeñas sucedieron en el ánimo de la Princesa á este dia de amor!...

Aquella espression suave y enérgica de Fortun; aquel sentimiento dulce, peculiar de un cristiano; aquella atraccion fascinadora de que iban revestidas sus palabras; aquel reflejo de virtud, que en medio de la pasion mas fogosa distingue á los sectarios de Cristo de las demas religiones; tenian subyugado el espíritu de Zahra tan dispuesto siempre á simpatizar con lo bello, con lo grande.

Dos dias de trato con Fortun fueron bastantes para producir un cambio en esta jóven: palideció su rostro, se apagó el carmin de sus labios, pero en sus ojos se traslucia una vida mas reconcentrada.

Fija la noche de que hablamos en la ventana donde una á una se habian deslizado tranquilamente otras mil de su juventud; miraba la luna, las estrellas, el azul diáfano del cielo; pero su cerebro no seguia como antes una sombra vaga que huia de su vista, no; en la luna, en el cielo, en las estrellas, vislumbraba la imágen de un hombre conocido; y esa imágen que se dibujaba por el aire, la veia Zahra nacer en su propio corazon.

Algun tiempo habia trascurrido despues del primer encuentro de Fortun con la Princesa: las entrevistas habian sido repetidas y voluntarias; un mismo foco animaba á ambos, y los dos conocian el cariño invencible que los ligaba. Ya no decia el cristiano «Ah! si me amárais!...» ni la mora contestaba «En caso de amar no amaria á otro que á tí.»

—Amame; decia el primero conmovido; y la segunda respondia enternecida.

—Sí; te amo con delirio.

Los momentos se iban pasando para los tiernos amantes halagüeña é insensiblemente en las conversaciones furtivas que á cada paso trababan entre las flores, y entre los bosques del castillo; y se iba acercando paso á paso el instante en que regresara Ali á tomar por esposa la Princesa su prometida. Semejante reflexion alarmó á Zahra, y de consuno con Fortun determinaron, porque lo creyeron necesario, comunicárselo pronto al Emir.

Era una mañana deliciosa: Zahra habia salido del baño y se hallaba entre las rosas y claveles, al pié de la barandilla que rodeaba la tienda de pieles de oso; el sol matizaba las corolas de la azucena, y mil pajarillos cantaban á su lado entre la espesura del jazmin.

La Princesa hizo retirarse á los eunucos negros, que esperaban sus órdenes fuera de la balaustrada, encargándoles que se aproximase el anciano Als-far.

El moro se presentó con la cabeza inclinada.

—Siéntate, le dijo con dulzura, ahora no vas á ser mi ayo; vas á ser mi amigo, mi confidente.

—Señora! exclamó el anciano sorprendido, no merece tanta honra vuestro esclavo.

—Sí; quiero que asi sea, y vas á prestarme un servicio para mi muy importante; lo harás con gusto y con sigilo?

—Señora; si para ello fuese necesaria mi vida, aqui teneis mi cabeza, disponed de ella como os agrade.

—No; no te espongo á ningun riesgo, pero necesito una persona de confianza, y nadie lo es para mi cual tu en el castillo; voy á depositar un secreto en tu lealtad.

—Ay señora! exclamó el moro conmovido; los honores de que me colmais esta mañana me tienen estasiado: pero bien haceis, ó Princesa, de no confiaros á nadie sino al anciano Als-far, porque nadie os profesa un afecto mas verdadero. Ah! cuando erais niña; cuando vuestra lengua no pronunciaba todavía una espresion; yo... yo os estrechaba entre mis brazos; y á una caricia mia sonreian vuestros labios con la inocencia de un ángel... despues crecisteis, señora; vuestra hermosura cautivó á los nobles musulmanes, os hicisteis el objeto de todas las atenciones; é insensiblemente os habeis ido separando de mi y debilitándose nuestro trato; mas no por eso se ha debilitado el cariño que Als-far os profesa: cuando os miraba hecha la Diosa de nuestros jardines y de nuestras murallas... ¡cómo gozaba el anciano Als-far oculto en un rincon, recordando la alegría con que en otro tiempo mas dichoso para mí, respondiais á los halagos con que entretenia vuestra infancia!... ay señora! cuántas veces he rogado en silencio al gran Alá por vuestra salud;

teros que ardian junto á él, y la pipa que acababa de caersele de los labios le habian escitado el sueño, y Abou-Alhama se encontraba dormitando.

En ese momento de placer, en ese crepúsculo agradable entre la vida y la muerte; en ese dulce sopor en que el alma vuela mas desembarazada por el campo de sus creaciones; venian á arrullar el sueño del Emir, mil concepciones vagas y confusas, brillantes y vaporosas como la luz de un meteoro, pero que deleitaban su corazon.

Entre las quimeras del insomnio veia alzarse un imperio á sus piés; veia millones de guerreros proclamarlo por su jefe, y todos rendir su rodilla ante la hermosura de una Virgen benigna, plácida, ideal; era su hija, era su querida Zahra.

El ruido de las armas, el barullo producido en el castillo y que lejano llegaba á sus oidos, daba alguna realidad á sus visiones; y gozando de este modo entre lo cierto y lo incierto, entre la verdad y la mentira, cada segundo que pasaba iba alejando de él sus imágenes; iba debilitando sus colores, y aumentando el decaimiento de su cuerpo; porque un sueño dulce iba embargando sus sentidos; hasta que mecido por tales halagos se quedó dormido.

Entonces pegaron dos golpecitos en la puerta de la cámara, y el Emir levantó la cabeza asustado, como todo el que despierta de repente.

—Quién? preguntó casi sin abrir los ojos.

—Vuestro esclavo Als-far.

—Adelante.

Als-far jamás era detenido cuando se dirigia á la cámara del Emir; porque como ayo de la Princesa, siempre se presentaba enviado por ella, lo que hacia que Abou-Alhama no solo lo recibiera con gusto en cualquiera ocasion, sino con anhelo.

Als-far entró en la cámara, silencioso, y con la cabeza inclinada.

—Qué ocurre á mi hija? dijo el Emir frotándose los ojos.

Als-far no respondió.

—Qué ocurre á mi hija? volvió á decir mas fuerte, y algun tanto alarmado.

obedecer: pero hace un momento me habeis dicho; «ahora no vas á ser mi ayo, vas á ser mi amigo» y como amigo me atrevo á deciros que penseis bien lo que vais hacer; uniros á un cristiano...

—No; me ha prometido que el dia de los desposorios será una misma la religion que nos una, y Fortun no miente; es tan bueno...

—O Princesa, ha sido un enemigo de Mahoma; ha sido un enemigo de vuestra Patria... apagad esa pasion. Si Alí no os agrada, cuántos nobles musulmanes, cuántos valientes guerreros tendreis postrados á vuestros piés?...

—Imposible; contestó Zahra con acento de dolor: en vano he tratado de arrancar de mi pecho la pasion que me censuras Als-far; en vano he querido borrar de mi mente la imágen de Fortun.

Zahra se afligia por grados.

—Por todas partes me persigue; y en la noche, en el dia, en el baño, en mi cámara, siempre la veo sonriendo delante de mi, siempre tan agradable... Ningun musulman ha producido en mi ánimo los afectos que ese cristiano, y por fin, he cedido rendida ante sus atractivos. No me queda otro consuelo sino que se lo hagais saber á mi padre; y si al oirlo se irrita, aplaca su cólera por piedad; anda Als-far, préstame el servicio que te pido.

El anciano hizo una cortesia, y se dirigió meditabundo al torreón del homenaje.

Zahra comenzó á pasear agitada por la calle de madroños y tamarindos que conducian de su baño á la plaza fuerte.

El sol reflejaba en la media luna de su turbante, y el céfiro agitaba su manto azul y las negras trenzas de sus cabellos.

Mientras Zahra sostenia con Als-far la conversacion que hemos escuchado, estaba el Emir encerrado en su cámara; los ojos cerrados, reclinada la cabeza sobre cuatro cogines de terciopelo, las ventanas entornadas; y la luz ténue que penetraba por ellas hacia mas voluptuosa la estancia en aquella habitacion.

Las gruesas mangas de perfumería exhaladas por los pebe-

y cuantas! he invocadó el nombre del Profeta por vuestra felicidad.

En el rostro del ayo se veian las muestras de un gozo interior que no podia ocultar.

—Hoy os volveis á acordar de mi, continuó mas enagenado; y mi pecho se siente rejuvenecer de júbilo; permitidme, permitirme ó Princesa, en último premio de mis desvelos, que el anciano Als-far os preste ese servicio...

El ayo se hallaba en extremo conmovido, y Zahra correspondia á tales sentimientos.

—No: dijo esta; nunca me he apartado de tí, nunca te he olvidado, y la mejor prueba es que en la primera necesidad que me ocurre, á tí es á quien acudo.

Als-far hizo una profunda cortesía.

La hija del Emir estaba mas interesante que nunca: la tierna espresion de sus ojos embellecia su semblante; y desde el pequeño jardin en que se encontraban, se oia al otro lado de la contramuralla, en la plaza del ejército, el ruido de clarines, atabales, y el estruendo de mucha tropa que se estaba ejercitando en el manejo de las armas.

—Mira Als-far, prosiguió, vas á presentarte al Emir y á comunicarle una noticia que al principio le sorprenderá.

El ayo inclinó la cabeza en señal de sumision.

—Tambien á tí creo que ha de estrañarte.

—A mi...

—Sí; pero no importa, es preciso que del mejor modo que te sugiera tu sagacidad hagas saber á mi padre que su hija está enamorada.

—Enamorada... repitió el ayo admirado; ¿por qué ha de estrañar eso á vuestro padre? no lo saben ya el castillo y Cervera entero?...

—No; todavía no lo sabe nadie.

—Por el Profeta señora! no van á celebrarse luego vuestras bodas con Ali?...

—No; respondió la Princesa sonriendo; no es de Ali, es de Fortun de quien estoy enamorada.

—De Fortun... guay señora! vuestro esclavo debia callar y

—Señor, contestó Als-far sin levantar la cabeza, Mahomet era un sabio.

—Als-far, te pregunto por mi hija, á que traes ahora á Mahomet?

—O Emir... su profecia se ha cumplido.

—Cómo? exclamó Abou-Alhama incorporándose agitado y dando un grito de horror, que quieres decir con eso?...

—Tranquilizaos señor, repuso Als-far apresurado y tendiendo la mano: vuestra hija mi Princesa vive, y vive mas hermosa que nunca, no os asustéis; la profecia del Mago no dice espresamente que haya de morir; leedla señor.

—Ah! la tengo muy presente, la tengo grabada en mi alma.

—Señor, leedla.

—No te entiendo Als-far...

Y con mano convulsa y rostro pálido, descolgó veloz el marco que pendia de un colmillo de jabalí, hincado en una de las paredes de la cámara.

Tembló al tocar dicho marco por vez primera despues de diez y siete años, y teniéndolo á luego en la mano izquierda y levantando con la derecha el paño negro que lo cubria, leyó el último periodo á presencia de Als-far, que derecho, inmóvil y con la cabeza baja permanecia á su lado.

Decia asi:

¡Anatema! en lo mas florido de su juventud, será víctima del dardo emponzoñado con que le atravesará el corazon la intrepidez de un cristiano.

—Pues bien, dijo Als-far mirando al Emir; un cristiano ha atravesado á la Princesa el corazon con un dardo emponzoñado.

—Esplicate, no te comprendo; gritó el Emir sofocado.

—El dardo con que la ha herido estaba emponzoñado en amor.

Abou-Alhama quedó estático; no sabia que decir ni que pensar:—Ahora ya penetro todo lo que acaba de suceder á mi hija; gritó luego.

Después de un instante de silencio, en que presentó en las diferentes fases de su rostro las diversas aberraciones que cruzaban por su interior, y en que Als-far hecho una estatua continuaba á su lado, quieto, con los brazos caídos y la vista en el suelo; volvió á gritar furioso y apretando los puños.

—Fortun... Fortun, te atreves á levantar tus deseos hasta la hija del Emir?... y tu Zahra, tu vendes á tu padre... tu manchas tu religion introduciendo en ella la cruz?...

—Señor, exclamó Als-far tomando el brazo del Emir que se agitaba con violencia; apaciguaos por Alá; no hay tal cosa; Fortun ha jurado ser musulman cuando se una á la Princesa...

—Ah... son engaños con que ha seducido el corazon de mi hija, no conoces Als-far la temeridad de los cristianos; y le apretaba la mano: Zahra..., prosiguió mas abatido y como enajenado, Zahra... olvidas a tu padre, huyes en los brazos de un cristiano y me dejas solo en este castillo?... así pagas ingrata diez y ocho años de privaciones que he sufrido por tí; así pagas diez y ocho años de un amor vehemente... Ah! prosiguió recayendo en su primitivo furor, castigaré, cristiano, tu osadía, y castigaré Zahra tu debilidad...

—Castigar á Zahra!... prorumpió Als-far, arrodillándose á sus piés y besándole la mano: qué pronunciais señor?... se os ofusca la razon?... Zahra es tan pura como siempre...

—Si... hoy mismo probarás la furia de un padre airado... hoy mismo probarás la furia de un padre despreciado... despreciado!... repitió con acento dolorido.

—Tranquilizaos señor, repitió Als-far sofocado, y escuchad mi lengua que la justificará con palabra de verdad. No; no es ingrata; no es infiel á su padre la Princesa: os ama mas que nunca; os ama con delirio, y se somete resignada á vuestra voluntad; todo, todo, hasta ese amor que la devora lo sacrificará gustosa á vuestra tranquilidad.

—Todo lo sacrifica á mi tranquilidad?...

—Todo, hasta su propia vida; y si se atreve á pedirnos este permiso, es porque Fortun le ha jurado que será una misma su religion cuando se casen.

Abou-Alhama guardó un minuto de silencio.

—Fortun... murmuraba á luego entre dientes, el hijo de Hernan ha prestado un juramento... Hernan era noble... no; su hijo no debe mentir.

Semejante reflexion, serenó algo su espíritu, y Als-far que leyó en su frente esta serenidad, aprovechó una ocasion tan oportuna para prestar un servicio á su Princesa.

—Señor... comenzó á hablar, todavía de rodillas; pero el Emir lo interrumpió diciéndole:

—Alza, Als-far.

Despues que se hubo levantado prosiguió:

—Dime ahora lo que quieras.

—Os diré solo lo que debo, ó mi señor; no encuentro á la verdad motivo para que os alarmeis de esa manera; vuestra hija permanece mas sumisa á su padre, mas cariñosa que nunca: el cristiano que la ama es hijo de Hernan, de un valiente y generoso soldado á quien vos mismo Emir, nos habeis hecho conocer á todos los del castillo; cuyo nombre vos mismo habeis ensalzado mil veces; el hijo de Hernan ha jurado abrazar el Islamismo, y ¿qué mayor gloria por otra parte para vos que enriquecer vuestra religion con un cristiano tan célebre, y vuestra Patria con un guerrero tan intrépido?... quién sabe si Fortun es el principio de las conquistas que el castillo de Cervera se dispone á hacer en los impenetrables campos del Norte?...

—Me vas tranquilizando Als-far; vas volviendo á mi pecho la calma que hace poco le has robado: mira, cuando te has llegado á mi cámara estaba yo dormitando; no se que soñaba que me tenia entretenido con placer, y en aquella situacion la noticia inesperada que me has dado de repente, me ha trastornado, me ha sacado de mi estado normal; y no estrañes esto Als-far, quiero tanto á mi hija... por quién he abandonado la celebridad que me esperaba en la córte de Abderramen sino por ella? por quién sino por ella me he cerrado en este castillo solitario? La primera idea que se me ha presentado al darme tu la noticia ha sido la de mi hija entregada á los brazos del cristiano, huyendo por esos mundos sin acordarse de su padre que la adora... pero no; ahora conozco que mi hija es muy inocente,

es muy dulce, conozco que mi hija no puede abandonarme: ah! todo ha sido un horror, ha sido un delirio.

—Si señor, un delirio; una aberracion del sueño: humilde pasea por su baño esperando con anhelo la contestacion de su padre para someterse á ella sea cual fuere.

—Infeliz! dijo Abou-Alhama sonriéndose: si aunque ama á Fortun conserva todavía en su corazon una ráfaga de cariño para su padre, yo mismo protegeré su matrimonio: Fortun es muy noble, y hecho musulman será el honor de mi castillo. Pero y Alí?

—Señor; á Zahra no la liga con él ningun compromiso.

—Ninguno?

—Ninguno. Zahra no ha amado jamás Alí, y se halla apasionada de Fortun. Atended únicamente á su felicidad. Además, ó Emir, el matrimonio de Zahra y Fortun tiene que ser dichoso: no anunció este enlace en su profecia el sabio Mahomet hace diez y ocho años?... y si lo anunció, no fué por haberlo leído en el cielo de las estrellas? prosiguió levantando en alto el brazo; en el libro del destino, donde estaba escrito desde la eternidad por la omnipotente mano de Alá?

Abou-Alama y Als-far doblaron la cabeza con respeto al pronunciar la palabra ALÁ.

—Demasiado lo sabeis señor, todo lo que Alá escribe es bueno; y este matrimonio está escrito por Alá.

Los dos moros volvieron á inclinar la cabeza.

Despues de un segundo de silencio dijo el Emir al ayo.

—Mucho te agradezco Als-far, el interés que te tomas por mi hija; pero puedes asegurarme que me ama tanto como me amaba antes de conocer á Fortun? Ahora veo que tambien el corazon de un padre es celoso.

—Puedo asegurar mas señor; puedo aseguraros que hoy es mas tierno que nunca el cariño que os profesa.

—Ah! exclamó el Emir lleno de alegria: no puede menos, mi Zahra es un ángel; anda Als-far, dile que suba al momento, y que suba con Fortun, deseo verla, deseo abrazarla.

Als-far hizo una cortesia y salió al instante.

—Sí; murmuraba el Emir en sus adentros abriendo las ven-

tañas de sándalo; el padre de Fortun me volvió mi vida que tenía suspensa en la punta de su espada; volviéndome mi vida me volvió mi hija; que hubiera perecido sin mí: y si ahora la quiere á esta su hijo, he denegársela yo? no: Als-jerib es tan generoso como Hernan. Bien ha dicho Als-far; Alá tiene escrito el enlace de Fortun con Zahra desde la eternidad; Mahomet lo predijo en nombre del Profeta: la manera tan particular en que mi hija se ha enamorado del cristiano es otro aviso del cielo: si Zabra; si lo amas, te unirás á Fortun: pero, ¡qué feliz sería tu padre si después de casada conservaras para él un resto de cariño en tu pecho!...

El ruido de la armadura del cristiano que resonaba en la estrecha escalera de la torre, interrumpió las reflexiones de Abou-Alhama. Cuando volvió la cabeza hácia la puerta, se encontró en los brazos á su tierna hija, deshecha en sollozos; á la par que la sonrisa de una vírgen hermo세aba sus labios.

—Hija mia...

—Padre querido... fueron las únicas espresiones que el afecto les dejó pronunciar.

Fortun permanecia derecho, y Als-far un poco mas retirado.

—Con qué me amas como siempre? preguntó el Emir tendiendo el brazo por los hombros de la Princesa.

—Qué otra cosa puedo yo hacer que amaros padre? qué otros halagos que los vuestros he recibido en mi vida?

—Sí, hija mia; por tí, solo por tí he huido de la córte, y solo por tí me he cerrado en este castillo olvidado del mundo. Estas cámaras, estos jardines, todo el lujo y boato que aquí se despliega, ya lo sabes hija mia, solo por dulcificar tu juventud han sido buscados.

—Lo sé padre; pero tambien vos sabeis que entre tanta delicia solo vuestro afecto, solo vuestros halagos me han proporcionado momentos de placer.

—Fortun; dijo entonces el Emir con solemnidad, sentándose en los cogines y sentando junto así á Zahra: amas á mi hija?

—Señor, contestó Fortun doblando la rodilla; fijad en ella los ojos y conocereis si es posible verla una vez y no amarla:

por otra parte; á quien debo la vida? añadió inflamado por su misma pasión: á aquel ángel que no se desdennó abandonar el cielo que habitaba para penetrar en las cavernas profundas á alargar su mano benéfica al desgraciado: El agradecimiento, ó Emir, es muy grande en el pecho de un cristiano; y del agradecimiento al amor no hay mas que un paso; ese paso lo he dado yo y ha cambiado del todo mi existencia: quereis pruebas... sino lo son bastante la palabra de un guerrero... respondióme: ¿por qué no uso de la libertad que me habeis concedido? por qué no vuelvo al regazo de mi familia á abrazar al anciano Hernán que derramará por mi lágrimas de dolor?... por qué no vuelvo á recibir el beso ardiente de mi querida hermana?... O Emir, por qué mi corazón ya no es mio? porque aquella Diosa, y fijó en Zahra los ojos; porque aquella Diosa que arrancó mi vida de manos del verdugo, me la robó á su vez; y permitiéndome amarla se ha hecho señora de todos mis pensamientos y mis deseos: llámeme enhorabuena la Patria con su voz imperiosa; acúseme mi Rey de perjurio; penetre en mis entrañas el grito sagrado de mi religion... en vano; yo no puedo escucharlos... yo no puedo afejar me del castillo de Cervera.

Poco acostumbrado Abou-Alhama á oír entre los moros un lenguaje tan noblemente apasionado; quedó desde luego seducido por el cristiano, y volviéndose á su hija le dijo con dulzura.

—Y tu hija mia, amas tanto á Fortun?

—Lo amo padre, contestó la Princesa dejando caer lánguidamente la cabeza en el hombro de su padre; lo amo, no puedo negarlo.

—Pero hija mia, insistió el Emir, no has amado durante muchos años á Ali?

—Jamás padre; respondió Zahra levantando su frente de jazmín: vos habeis sido siempre el objeto de mi cariño; mi deleite ha sido el complaceros; vos me deciais que amara á Ali, y os obedecia: daros gusto y obedeceros creia que era amarlo, y por eso decia que lo amaba; pero padre, no he sabido lo que era amar hasta que ví á Fortun: ay! es tan diferente de como yo me lo figuraba... es tan dulce el amor!...

Un instante de silencio interrumpió la conversacion: pasado el cual habló el primero Abou-Alháma, así:

—Fortun; la Princesa Zahra, mi hija hermosa, la deseada de tantos musulmanes, voy á entregarla á tu fidelidad.

—Zahra se sonreía con candor.

—Hernan queda bastante pagado con tal presente del beneficio que dispensó á Abou-Alháma; pero sabes que antes tienes que jurar abrazar la religion de la Princesa.

A estas palabras tembló el corazon de Fortun dentro de su doble cota.

Pasado un momento pronunció con fuerza doblando una rodilla:

—Juro, que cuando me enlace á la Princesa, será una misma la religion que nos una.

Entonces se oyó en el castillo un ruido prolongado de armas y de caballos.

El Emir se levantó de los cogines en que permanecía arre-llanado, tomó un libro que habia sobre una mesita calada de tino oloroso, cubierta por un tapete de púrpura con franja de oro; y poniéndolo en manos de Fortun:

—Toma el Coran, le dijo: un mes te doy para que te instruyas en él; pasado el cual bajaras con el Iman y los Ulemas á la Mezquita á vestir el traje de musulman.

Y en seguida enlazó la mano derecha de Fortun con la de Zahra añadiendo:

—Cuando llegue aquel instante, el Profeta os haga felices, hijos míos.

Fortun estaba pálido, y sus ojos negros como su bigote; derramaban una severidad llena de espresion. Zahra por el contrario; jamás se habia visto mas hermosa, mas dulce, ni mas radiante; la rosa le habia prestado sus matices, la infancia su alegría, el amor todas sus galas. Fresca como la hoja del naranjo, modesta como el lirio, plácida como la azucena; salió de la cámara del Emir apoyada en el brazo robusto de Fortun, que le acompañó á su estrado donde ya se le habia concedido subir una vez al día. Cuando la hubo dejado allí, bajó meditando á su habitacion.

Zahra habia ya pasado el alba del nuevo dia que brillaba para ella; se encontraba en la aurora todavía mas agradable, mas fascinadora, ah! si la tarde que suceda á una mañana tan risueña se presentará cubierta de tempestades... Cerrada en su estrado suplica encarecidamente al gran Alá que Fortun se halle pronto en disposicion de abrazar el Islamismo, ó hablando con mas claridad, en disposicion de alargarle su mano.

En el entretanto llega Fortun á su cámara; arroja el Coran sobre un taburete y se quita la armadura.

Luego que se encontró desembarazado quiso arrancar la cruz roja de su almilla para adorarla; pero recuerda que la insignia de su regimiento era una cruz sobre un sol, grabados en la delantera de la coraza; la coloca en efecto sobre otro taburete, y postrado de rodillas delante de ella, inclinada la cabeza hácia el suelo, hizo una larga y fervorosa oracion.

Despues como si una luz celeste alumbrara su espíritu, levanta la frente sacudiendo á los lados su blonda cabellera, y esclama llevándose la mano derecha al pecho.

—Sí, venceré; venceré del corazon de Zahra; pero si acaso inflexible no escuchara mi voz; no por eso seré infiel á la Patria ni á la religion en que nací: huiré de este castillo, y el amor invencible en que me abraso por esa jóven, lo pisaré con mis propios piés, y asi hollado será el holocausto mas precioso que queme en los altares de mi Dios.

El ruido de armas que se dejó oir en el castillo cuando Zahra y Fortun estaban en la cámara del Emir, fué producido por la caballería de Alí que volvía de la algará emprendida contra los cristianos del Moncayo: venia alegre por haber cumplido ya en las faldas de dicho monte el juramento ofrecido al Profeta; y anheloso por hacerse dueño de la hermosura de la Princesa; pero cuando supo que en compañía del antiguo cautivo se hallaba esta de audiencia con Abou-Alhama, crujieron sus dientes y tembló su cuerpo de piés á cabeza: celoso en extremo y altivo por naciendo, supuso desde luego lo mas malo, y de ningun modo podia sobrellevar tal reflexion su orgullo.

Mil veces le ocurrió penetrar en la cámara del Emir; mil veces se sintió impelido á atropellar por todo; pero Abou-Alha-

ma no permitía la entrada sin su permiso; y aunque blando y complaciente de ordinario, era iracundo é inflexible cuando se le faltaba al respeto. Este carácter que Ali no desconocía lo contuvo á la fuerza, como se contiene á un leon encadenado; y tan luego como advirtió que Abou-Alhama habia quedado solo, le anunció su visita por medio de un ayuda de cámara.

En el pequeño instante que medió entre la salida de Zahra y Fortun, y la entrada de Ali en la cámara del Emir; circuló por el castillo la noticia de los amores del cristiano con la Princesa, autorizados por su padre; sin que pudieran ocultarse á los oídos del mismo Ali que mas encendida su furia, se presentó ante Abou-Alhama, no con todo el acatamiento que debía.

Su semblante aparecía pálido; el blanco de sus ojos encarnado, arrugada su frente; erguida su cabeza, y todo su ademán altivo.

—O Emir, dijo al entrar, sin hacer cortesía alguna: mi brazo terrible en todas partes, ha satisfecho en el Moncayo el juramento que ofrecí al Profeta; vengo por vuestra hija.

Abou-Alhama perspicaz á la par que prudente y juicioso, se apercibió á luego del estado violento del Wali; conoció en una mirada la rabia que ardía en su pecho, creyo que tal vez no podria reprimirla orgulloso como se mostraba; pero se acordó tambien que era hijo de Mahomet, y se propuso estar con él todo lo indulgente posible; así es que en tono mesurado contestó á su salutacion indiscreta.

—Mucho siento Ali que vengas tarde.

—Si; vengo tarde... ya lo sé: respondió Ali hinchándosele las arterias de las sienes, y frunciendo las cejas; todo lo sé, sé vuestro proceder fementido, y se el sacrificio que habeis consumado sobre vuestra hija entregándola á un cristiano: ¡á un cristiano la Princesa del Alhama!... sabeis lo que habeis hecho?...

—Lo sé muy bien; dijo Abou-Alhama con gravedad: y á tí Ali no te corresponde juzgar de mis acciones: si es obedecer mis leyes.

—Ali calló; pero estaba convulso.

—Así premiais, repuso despues de un instante de silencio, así premiais el amor que he profesado á vuestra hija?... por quién sinó por ella hubiera sepultado mi juventud entré las murallas de este castillo? Mi nombre volaria hoy en alas de la fama, si la hermosura de vuestra hija no me hubiera retenido á su lado... y me la robais ahora para entregarla á un cristiano? Emir, procedeis con poca nobleza: pensad vuestra resolucion antes de que sus consecuencias no tengan remedio.

Alí amaba con afecto apasionadamente á Zahra; pero la amaba con ese amor sensual de los musulmanes, que tanto se distingue del amor puro y sublime de los cristianos.

—Mi resolucion ya está tomada Alí, respondió Abou-Alhama; yo pienso las cosas una vez y me resuelvo: mi hija ama á Fortun, ella misma me lo ha confesado, y Fortun le corresponde.

El rostro de Alí presentaba diferentes fases segun se comprendian las palabras de los labios del Emir.

—Yo que incesantemente he velado por la felicidad de mi hija, accedí á tus deseos cuando creia que te amaba; me engañé y lo siento; pero si ayer estaba en un error, no he de corregirlo hoy? si mi hija es dichosa unida á Fortun; por qué he de prohibírselo? No désmercerás por eso Alí, de mi afecto; no te perjudicaré en tu carrera brillante; en mi castillo ocuparás siempre el lugar que hasta el dia has ocupado; y si apetecees esposa; cuenta con mi apoyo para proporcionártela; no sientas la pérdida de mi hija; otras hay nobles y hermosas que se rendirán placenteras á tu amor. Baja á Cervera, no tienes á Safia, á Rédigia, á Maliba, todas ricas doncellas, y sobrè todo no tienes á Lobna la hija de mi Alcatif que es la mas hermosa despues de mi Zahra? Todas ellas son dignas por su hermosura y por sus padres de la mano de un Wali.

Lejos de apaciguar semejantes halagos la cólera de Alí la encendieron mas y mas. Aquel jóven dominante creyó abatido su orgullo con tales ofrecimientos: y fascinada su razon por un golphazo de bilis que le subió á la cabeza, exclamó sin respeto y sin decoro: —Guardaos vuestros consejos Emir; habeis procedido vil-

menté; habeis faltado á vuestra palabra; yo no necesito ni quiero vuestro apoyo para proporcionarme una esposa; mis timbres, mis glorias son bastantes para alcanzarla cual la desead... No... no quiero suplicaros mas; llegará un dia, ó Emir, en que tiemble el mundo á mis piés, á los piés del hijo de Mahomet; y vos, poderoso Emir, vos implorareis tambien mi proteccion, ah!... estais seguro de que Zahra se unirá á Fortun?... escucha estas palabras Emir, ME VENGARE...

Las pronunció abriendo mucho los ojos, estirando el cuello hácia adelante, apretando los puños, y salió repentinamente de la cámara.

—Ah! olvidas que tengo en mi poder la cuerda invisible de los once nudos?... y echo á andar apresurado.

Abou-Alhama tranquilo sobre manera, inclinó la cabeza en los cogines de terciopelo; llevó á sus labios larga pipa, y dejó caer suavemente los párpados. Veia cumplida la profecía de su hija, que era lo que mas le interesaba en el mundo; y la veia cumplida de un modo satisfactorio; con lo que se disiparon los temores que lo habian agobiado durante diez y ocho años. Las amenazas de Ali no produjeron en su alma mas impresion que la que la voz de aquel jóven produjo en sus oidos: los guerreros que defendian el castillo eran Zenetes, y por lo tanto eran sus paisanos, eran el eco de sus deseos, eran su propia voluntad. Acariciado por tan placenteras reflexiones dejó desprenderse la pipa de su boca; y sucumbió á un dulce sueño que le embargó los sentidos.

Mientras tanto Ali, baja furioso á la plaza, se arranca el talabarte de la cintura, y lo tirá contra la esquina de la torre. Sin direccion fija atraviesa rápidamente el castillo como un meteoro atraviesa los aires, y por todas partes encuentra recuerdos de su pasada felicidad: el baño, los jardines de Zahra, bellos y encantadores; los árboles bajo cuya sombra tantas veces le contó sus azañas; los mismos musulmanes rindiéndole

á su paso los honores de Walli; todo encendia su ira, todo aumentaba su desesperacion. Cuando el céfiro que en todo tiempo sopla puro en el castillo de Cervera, hubo oreado un rato su frente; despejó algun tanto su cerebro, aplacó el fuego de su pecho, y lo puso en disposicion de pensar.

Sentado en una muralla baja que volaba sobre el borde oriental de la peña; murmuraba en sus adentros con la cabeza sostenida por la mano: —

—Muy fácil me es matar á Fortun, quedando yo impugne; mil esclavos se ofrecerán á hacerlo, pero qué adelanto? nada: vivirá así en la memoria de Zahra, y tal vez me aborrecerá á mi mas. Si yo consiguiera resolver el problema del nudo trece, entonces triunfaria; entonces saciaria á mi gusto la venganza de mi amor. Encantaria á Zahra; la haria vivir muchos años invisible en un subterráneo; solo yo la veria, solo yo disfrutaria de su vista. Asi es cosa muy sencilla; á Fortun lo presento culpable, y le hago morir: el Emir lloraria amargamente la pérdida de su hija, y me daria su mano; si, me la daria por devolvérsela, pero ah... cuánto tiempo tiene que transcurrir antes!... cuánta ciencia tiene que agotar mi cabeza!... cuántos dias de delicias para Zahra y Fortun... y cuántos dias de suplicio para mí!... Mas, qué te arredra Ali? exclamó levantando la cabeza con arrogancia: eres hijo de Mahomet; eres nieto de Daldal; el mundo temblará á tus piés. Ali echó á andar resuelto fuera del castillo.

Algunos años antes de las escenas que venimos refiriendo, habia sido condenado á muerte por el Alcaide de la fortaleza un negro de los que componian la orquesta de la Princesa; á causa de haber cometido un leve desacato contra cierta autoridad; pero las lágrimas de Zahra, quien desde sus años infantiles descubria ya los tiernos sentimientos que la animaban; las lágrimas de Zahra, repetimos, alcanzaron de su padre revocase la sentencia dada por el alcaide; y la pena de muerte fué reducida á castigo de azotes y á ser espulsado el reo del alcázar.

Le dieron los crueles verdugos tantos y tan fuertes, que a

resultas de ellos quedó sordo, mudo y aun entorpecido de una pierna: desterrado desde entonces del castillo; sin parientes en el pueblo, sin amigos ni proteccion, se refugió el desgraciado negro en una de las profundas cuevas que hay en las ramblas de las montañas que nacen al norte y poniente del castillo.

Acurrucado durante el dia en su cueva, considerando desde allí al hombre como la fiera mas voraz, como el enemigo mas cruel, esperaba la noche, á la manera del buho, para bajar á Cervera á rebuscar los desperdicios de la cena que arrojaban á las calles.

Seis años habia atravesado de este modo el negro; seis años sin ver á un semejante suyo, sin ver á un hombre y sin desear verlo; cuando Ali se presentó en la boca de la madriguera: el negro amedrentado se acurrucó mas y se metió hasta el último rincon, pero Ali le enseñó una bolsa de oro en la mano izquierda, levantó la derecha en ademán hostil y echó á andar hácia fuera. El negro le siguió detrás como sigue un perro al amo que le enseña pan en una mano y un látigo en la otra.

Después de algunos segundos se hallaban los dos en lo estrecho del barranco de Tollo, junto á la cueva de Marimón.

Recordarán nuestros lectores que cuando Als-jerib tomó posesión del castillo, eligió Ali dicha cueva como la mas á propósito para continuar el estudio de la magia, y que en efecto; así lo hizo durante los primeros años de su morada en el pais, pero tambien recordarán que fascinado después por la hermosura de la Princesa, abandonó la ciencia para entregarse al amor: Colocó con cuidado en su laboratorio todos los pergaminos, todas las redomas, y cerró la puerta con una gruesa muralla de mamposteria.

Hoy pues se acercaba á ella por vez primera después de tanto tiempo, armado de un grueso pico de albañil, que entregó al negro diciéndole por señas lo que habia de hacer. La muralla presentaba ya en su parte exterior una escara salitrosa producida por la mucha humedad comprimida en el fondo de la cueva.

El primer golpe que dió, resonó con ruido seco en el barranco y en las murallas del castillo: á este golpe siguieron otros

muchos tambien rechazados; pero por fin, al cabo del rato, cedió la piedra bajo el acero. Cuando Ali entró en su mazmorra, brilló en su frente un viso de alegría semejante á la que debe experimentar Vulcano al sentarse en su trono de fuego. Registró todas las socarrenas y sacó los papiros, pergaminos, redomas, frascos y la caja de ágata con la cuerda de los once nudos. Encendió el fuego de azufre; hizo comer en abundancia al negro, y amenazándole en seguida con una vara, le enseñó su oficio que consistía en bajar incesantemente por medio de una cadena, el gran fuelle que avivaba la fragua; operacion no muy cansada porque podia desempeñarla sentado.

Ali se posesionó de su fatídico imperio.

El descendiente de Daldal y de Mahomet, comenzaba á dar su paso en el estudio de la verdad; el problema del nudo trece de la cuerda de Loveid, principiado en Egipto en el corazon de las montañas Dgebel-el-Kamar ochenta años hacia, iba á ser concluido tal vez en una caverna del castillo de Cervera: pero entre el abuelo y el nieto media un abismo, Daldal trabajó solo por adquirirse un renombre, por amor puro á la ciencia; y Ali por satisfacer la pasion mas vil del corazon humano; por saciar la venganza.

A eso de las doce; cuando el ejército acababa de hacer el *Adohar*, ú oracion del medio dia, subió un ayuda de cámara á noticiar al Emir, que el Wali había arrojado en la plaza, el talabarte con el alfanje; que en toda la mañana se le habia visto despues en el castillo, y que tampoco habia asistido al *Adohar* con asombro de los musulmanes.

El Emir oyó con indiferencia al ayuda de cámara, y mandó que el talabarte se colgará en la sala de armas.

Aprovechemos esta ocasion para decir de paso dos palabras sobre dicha sala subterránea, de la que todavia no hemos hablado.

La formaban los cimientos del torreón del homenaje; estaba parte bajo el nivel del suelo y parte encima; se bajaba á ella por cinco escaleras que se tomaban dentro del mismo torreón; y en su techo de bóveda descansaba el pavimento de la

cámara del Emir. Allí se veían colgadas en las paredes multitud de banderas blancas para sustituir las de la torre cuando el viento las destróza; allí se veían armaduras de bronce arrancadas á los cristianos vencidos; se veían también trajes árabes de los principales capitanes del castillo, muertos en la guerra; y todos estos trofeos puestos en orden, y alumbrados por la escasa y sombría luz de semejante habitación, ofrecían un aspecto mezclado de terror y de sublimidad.

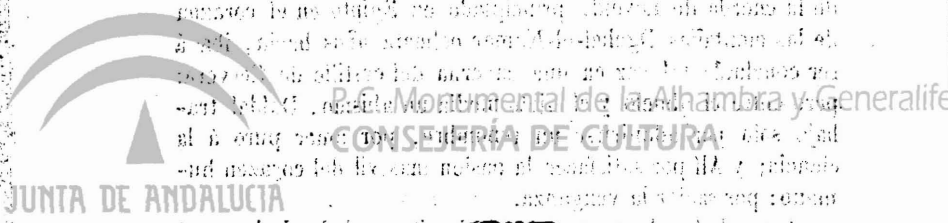
El acaso hizo que el alfange de Alí fuese colgado en la misma escarpia que algunos días antes lo había estado por orden de aquel, la espada del prisionero Fortun.

El alfange de Alí fuese colgado en la misma escarpia que algunos días antes lo había estado por orden de aquel, la espada del prisionero Fortun. El alfange de Alí fuese colgado en la misma escarpia que algunos días antes lo había estado por orden de aquel, la espada del prisionero Fortun.

El alfange de Alí fuese colgado en la misma escarpia que algunos días antes lo había estado por orden de aquel, la espada del prisionero Fortun. El alfange de Alí fuese colgado en la misma escarpia que algunos días antes lo había estado por orden de aquel, la espada del prisionero Fortun.



El alfange de Alí fuese colgado en la misma escarpia que algunos días antes lo había estado por orden de aquel, la espada del prisionero Fortun. El alfange de Alí fuese colgado en la misma escarpia que algunos días antes lo había estado por orden de aquel, la espada del prisionero Fortun.



CAPITULO VI.

Las relaciones de Zahra y Fortun se estrechaban cada día mas, porque cada día se aumentaba el fuego que devoraba sus almas. Rara vez se encontraba en el castillo á la mora sin el cristiano, ni á este sin aquella: los paseos solitarios en sus jardines, á que Zahra fué tan aficionada durante su infancia, habian cesado enteramente: no le causaban encanto las flores como otras veces, ni un cielo estrellado arrancaba de su fantasía sombras vagas que se perdian por el azul del firmamento, arastrando en pos de sí su espíritu; no; una imágen cierta, contorneada por la verdad, animada por el amor, es quien absorve hoy todo el pensamiento de Zahra; y Zahra sucumbe gustosa á su fuerza.

El Emir miraba enagenado de gozo, la felicidad que esperaba á su hija: supersticioso como todo moro, la creia un premio palpable con que Alá retribuía la caridad de Zahra; y si la dicha de su hija sembraba de placer su vida, como padre cariñoso que era; lo halagaba tambien, aunque de un modo secundario, la esperanza de algun golpe político que dicho enlace le habia hecho concebir.

Un día se desplegó del todo el calor de primavera, que suele ser á veces en Cervera tan fuerte como el de verano; mas á luego sucedió en el castillo una noche fresca y apetecible. Como es un punto tan elevado se disfruta siempre en él un ambiente vivificante; pero entonces se purificaba mas y mas al atravesar las hojas de tantos árboles, y se embalsamaba con la fragancia de los claveles, de las azucenas y de las violetas.

El Emir estaba asomado á la ventana de su cámara, y sentado en los cogines Fortun y Zahra.

—No paseais? les dijo volviendo la cabeza hácia ellos; está una noche placentera.

—Sí, contestó Zahra mirando á Fortun; bajaremos á los jardines.

Este se levantó y ofreció el brazo á Zahra, que lo recibió sonriendo despues de despedirse de su padre é imprimir un beso en su frente.

A los pocos momentos se hallaban nuestros amantes en la plaza de los baños.

—A donde vamos? preguntó Fortun.

—Al paraíso de la Princesa, si te parece, respondió Zahra.

Era el paraíso de la Princesa, como no ignora el lector, un pensil plantado al poniente del castillo, sobre un peñon vertical de quince varas de altura, á cuyo pié nace la cueva de Marimon. Lo formaba por su parte exterior la muralla, proyectando un semicírculo saliente, y por la interior otro semicírculo de tamarindos, de madroños, y de rosales.

Tenia una área de veinte varas en círculo distribuida en cuadros de flores, que los separaban senderos de hermosa yerba, donde habia poyos de cespced que convidaban á descansar.

El centro lo ocupaba una gran taza ó pila ovalada de alabastro hundida en la tierra, llena de agua cristalina, con multitud de peces de diferentes colores; y como el agua es tan escasa, ó por mejor decir no se encuentra en la prole de montañas que rodean al castillo, venian todas las mañanas á beber en ella, multitud de pajarillos que tambien depositaban sus nidos en la espesura del jardin.

Comenzaba la primera vigilia de la noche, cuando los dos amantes se acercaban allí.

Fortun vestía almilla y casquete, y á Zahra se le arrastraban por el suelo las puntas del manto azul, graciosamente caído sobre los brazos á manera de chal.

Se sentaron junto á la pila en cuyas aguas claras veían sus imágenes y el reflejo de una luna plácida que oscilaba magestuosamente sobre sus cabezas.

El céfiro soplabá con dulzura; no parecía sino un beso de amor; y el corazón de Zahra, susceptible á tales impresiones, exhaló un suspiro cortado, é inclinó la cabeza en el hombro de Fortun.

—Suspiras hija mia? le dijo admirado.

Por toda contestacion derramó ella dos lágrimas que se desprendieron de sus párpados y abrasaron la mano de Fortun. Estas lágrimas salieron del corazón de Zahra, y al arrancarse de él, y al tocar á Fortun hicieron conmoverse con igual impulso á los dos jóvenes.

—No sé, contestó mas serena, no sé lo que me pasa desde que estoy á tu lado; mi existencia ha variado en un todo; y si vuelvo la vista á los días pasados, encuentro otra Princesa de la que ahora soy.

—De veras? preguntó Fortun sonriendo, y te agrada tal mutacion Zahra?

—Sí; me llena de delicias Fortun.

—Aquella Princesa, continuó el cristiano, débil, ténue, indecisa, murió ya; y sobre ella ha nacido una Princesa valiente, una Princesa enamorada.

—Me fascinan tus espresiones Fortun, yo no puedo explicar el efecto mágico que producen en mi pecho; se infiltran por mis venas y me devoran con su calor.

La voz de nuestros jóvenes volaba sin obstáculo en una naturaleza dormida; y aumentada por el eco de las murallas, la repetía el eco del barranco de Tollo, y penetraba íntegra en la cueva de Marimon. La voz del amor y la voz de los celos hirieron de repente los oídos de Ali absorbido en la fragua; hicieron palpar sus pulmones, y le abrasaron con mas fuer-

za que el fuego de azufre en que trabajaba con avidez. Ciego, sin saber lo que hacia, atraído por un iman poderoso, movido por un impulso irresistible; corrió á la boca estrecha de la caverna, cerrada hasta la cintura con una gran piedra de sillería; y sacando medio cuerpo dobló la cabeza hácia arriba como el mochuelo que acecha á la paloma inocente que bate sus alas sobre la madriguera de aquel. Desde allí se oía con claridad á Fortun y á Zahra que decia así.

—Qué poco duran amigo mio los momentos tranquilos del amor!

—Por qué? pues no estás tranquila ahora? qué motivos tienes para no estarlo?

—No sé; tal vez sea una ilusion; pero en todo caso será una ilusion que me martiriza. La mañana que te ví, aprendí á amar; cuando mi padre te perdonó, gocé en extremo; despues... ay!... mil desvarios atraviesan mi cabeza que me anonadan en su paso. Tu me has arrancado la calma, Fortun; tu me has hecho pasar de la infancia á la edad de los sobresaltos.

—No te aflijas hija mia; esos son efectos del mismo amor.

—Ay! antes de conocerte á tí tambien amaba, pero amaba de otro modo; amaba á mi padre, á las flores, á los peces, á los pájaros de este jardin; pero aquel amor no me hacia padecer: ni mi padre, ni las flores, ni los pájaros, no me arrancaban una lágrima, no me hacian dudar...

—Y de mí, dudas? exclamó Fortun sorprendiéndose.

—No te sorprendas, continuó Zahra reclinando el brazo izquierdo en su hombro derecho: no creas que pienso has de ser infiel á mi cariño; entonces serias muy ingrato porque te amo mucho, pero como soy tan rara... soy á las veces tan exigente...

—Habla Zahra, qué puedes exigir de mi que no sea agregar un nuevo placer á mi dicha?...

—Sois los hombres mas variables que las mujeres, y yo soy tan ambiciosa...

—No Zahra, estás equivocada, los hombres no somos variables.

—Si Fortun; puedo asegurártelo con mil ejemplos, puedo citarte casos en que su ingratitud ha sido criminal.

Y exhaló un suspiro.

—En todo caso Zahra, eso sucera entre musulmaes pero no entre cristianos.

Zahra se quedó parada y como sobrecogida. No supo que responder. Fortun aprovechó una impresion tan fuerte.

—Vamos dime, qué es lo que quieres exigir de mi?

—Mira Fortun, decia la Princesa con aquel candor y sencillez que la caracterizaban á los diez y ocho años, pero que hoy pierden desgraciadamente las niñas antes de cumplir los diez; con él cual pierden tambien sin saberlo las rosas mas bellas que matizan sus carrillos, las rosas de la infancia: y esto es lo que á Zahra distinguia de las demas mujeres, el que en medio de la hermosura de su primavera conservaba aun aquella mirada, aquella sonrisa de inocencia con que en otro tiempo respondia desde la cuna á las tiernas caricias de su padre. Mira Fortun, decia, yo soy generosa, pero tambien soy exigente; yo te amo á tí solo en el mundo, pero quisiera que á mi sola me amaras tu tambien.

—A quién puedo yo amar sino á tí?

Pronunció estas palabras con entusiasmo.

—Bien, creo que me amarás, no lo dudo; pero no podria sufrir que partieses tu amor con otras tres esposas, lo deseo yo sola; lo ves como soy exigente?...

El Coran permite tener á cada musulman, cuatro esposas legítimas, y las concubinas ó esclavas que le acomode.

—Y piensas que cuando se ama con ardor á una mujer se puede dividir su afecto con otras? no Zahra, mi corazon es tuyo desde que te ví, y la hermosura de esta noche que gozamos juntos, es un reflejo de la pureza de mi pasion.

—Me fascina tu conversacion Fortun; cada palabra que se desprende de tus labios, desarrolla en mi pecho un grado mas de amor, pero cada palabra siembra tambien en mi alma con mas fuerza la tristeza, y arranca de mis ojos una lágrima que en vano intento convertir en sonrisa. Cuanto mas te amo, mas padezco, y mas vagos presentimientos sofocan mi espiritu: llo-

ro Fortun; hasta ahora no te lo he dicho; lloro á solas en mi cámara, en mi baño, porque conozco que no puedo ser feliz en el mundo; y al propio tiempo que lloro me avergüenzo de mis rarezas, reniego de mi maldita ambicion.

El cristiano la contemplaba estasiado: le admiraban los grandes sentimientos que abrigaba aquella jóven; y se anegaba á la vez en gozo al ver que el mismo-Dios, que Cristo le iba preparando el camino para su conquista.

—No puedes ser feliz conmigo Zahra? le preguntó en seguida tomándole la mano.

—Ah! escuchame Fortun y no te enojés; desde los primeros dias de mi juventud, he experimentadò poca adhesion al talante de los musulmanes que viven en este castillo; pero cerrada en sus murallas desde mi infancia, no he visto otros hombres, no concebía que pudiera haberlos de otro modo; y este disgusto lo atribuía por lo tanto á rarezas de mi genio; y cómo no? todos ponderaban la arrogancia de Alí mi prometido, todos exageraban su valor, y todos me hacian creer que se morian por él las ricas damas de Cervera; pero yo no sentía tales afecti-
JUNTA DE P... generalife
En las noches que he pasado en su compañía, en este mismo retiro, no me hablaba cual tu me hablas y yo deseaba, de amor, de esperanzas, de felicidad... me hablaba de guerras, de intrepidez, del horror que su nombre causaba entre los cristianos; y lejos de agradarme tal conversacion, me asustaba, me llenaba de pavor, pero mientras ni Alí ni ningun otro musulman podía arrastrar mi afecto; yo amaba sin saber á quien amaba; sentía un fuego interior que subiendo del corazon formaba en mi cabeza mil sombras que pintaba con los matices de las flores entre que vivía; con el azul del cielo que tenía á la vista, y que animaba con su propia vehemencia; yo, continuó sonriéndose, volaba tras ellas, en el silencio de mi lecho; iba corriendo en su busca hasta que el sueño cortaba mis quimeras. Te ví Fortun, y esas quimeras se hicieron realidades; tu eras diferente de los hombres que habia conocido hasta entonces; tu eras tal vez la sombra que concebía mi mente; te amé y fui feliz; pero mi felicidad duró pocas horas; y aquel mismo fuego que engendraba en mi cabeza una imá-

gen de amor, ha encendido ahora mi ambicion; ha encendido un deseo que acaso no pueda conseguir. En este sentido y no en otro, he dicho Fortun, que no podia ser completamente dichosa en el mundo; pero á tu lado, hasta el llorar es tan dulce...

Y se limpió apocada los ojos con blanco cendal que le colgaba de la banda de la cintura.

Fortun enajenado, le dijo jugueteando con una de las puntas del manto, cuyos borlones de oro se arrastraban por el suelo:

—No temas Zahra; es imposible que tu veas dividido el cariño de tu esposo; porque él no puede amar á otra que á tí. Cómo despues de estrechar en sus brazos á la hija del Emir de Cervera, á la primera hermosura del pais, ha de poder fijarse en otra mujer? donde hay una doncella que pueda agradar despues de conocerte á tí? ay Zahra! que pocas niñas se encuentran como tu; tu mayor mérito es no conocer el mucho que tienes. El tiempo hija mia, y mi constancia cerrarán ese vacío que te martiriza; tambien yo lo he sentido; tambien mi cabeza ha vagado por los aires.

—Tambien? lo interrumpió sonriéndose; y tras de quien vagaba?

—Tras de una imagen de tus mismas formas.

Zahra se echó á reir dulcemente á carcajadas.

—No influye esta noche en tí? preguntó Fortun.

—Qué placentera!... se respira siempre en este castillo un vientecillo tan saludable!... mira cuanta flor y que bonita... si vieras lo que siento que llegue la hora de la oracion...

—Voy mientras, repuso Fortun sonriéndose á hacer una ilusion; cuando las realidades no nos satisfacen; acudimos á las ilusiones.

—Sí, si; respondió Zahra acercándose mas á él.

—Voy á ver si puedo presentarte un marido tal como lo apetece tu ambicion; á ver si logro enseñarte, aunque de lejos, la felicidad en el mundo.

—Qué empresa tan difícil! exclamó riéndose con dulzura.

—O no; atiende.

—Ve diciendo.

—Me parece que te conozco bien: tu deseas en primer lugar, un jóven noble, generoso, valiente y tierno...

—Pues, los dos lo conocemos: adelante.

—Un jóven que jamás haya amado á otra mujer; para que el amor que te ofrezca, sea virginal, sea las primicias de su corazon.

La Princesa se reia sin poder contenerse.

—Ese jóven despues de enlazarse á tí, te ha de querer con tal frenesí, que no solo no ame, sino ni aun mire á las demás mujeres; te ha de querer con un amor que vaya creciendo constantemente. Te entiendo? preguntó Fortun mirando á la Princesa.

—Continua respondió ella.

—Tu esposo, intrépido en la guerra, pero humano con el vencido, llevará grabado en sus armas tu propio rostro, en vez de la media luna, para encomendarse á él y á su Dios en las batallas. Se hará en poco tiempo un distinguido general, y cuando haya acumulado en sus sienes bastantes laureles, se retirará con su esposa á un castillo, donde gozará una vida tranquila, entre fieles criados; entreteniendole á sus niños con la narracion de sus batallas, y recordando alguna vez á aquella los lances amorosos de su juventud.

—Calla Fortun, dijo Zahra reclinando su cabeza en el hombro de este: basta ya; es tan mágica tu conversacion que me hace daño; qué bien pintas la felicidad!... pero, podemos acaso gozarla así?

—No es imposible hija mia.

—Deseo creerte pero no puedo, preséntame un solo caso en que el marido no se vea rodeado de cuatro esposas, de infinidad de odaliscas y te creeré; ¡qué bello es el castillo que has descrito!... qué bello seria vivir en él con su esposo, con sus hijos, con sus criados...

—Todavía voy á hacerte otra ilusion mas halagüeña, voy á presentarte un marido que te agrada todavía mas.

—Todavía mas? preguntó la Princesa.

—Sí, todavía mas. La felicidad de que hemos hablado la

labra el marido con su constancia, con su fidelidad; pero esa constancia y esa fidelidad pueden fallar; no seria mejor, que las leyes de su Patria y de su religion le obligaran á hacerlo así?

—No te entiendo.

—Sí; que hubiera mas leyes que obligasen al marido á vivir solo con la mujer á quien un día amó; con la mujer á quien eligió por arcano de su primer cariño; que ya no le permitiesen romper este para depositarlo en otra; unas leyes que le obligasen á velar por sus hijos, á vivir con ellos y con su mujer formando una apacible familia. Cómo te agradaria entonces que la ilusion se volviera realidad: no es cierto?

Zahra calló un momento; escuchaba cosas nuevas que la tenian anonada. Luego dijo con cierto despecho.

—Y donde se encuentran unas leyes tan justas? donde una religion tan hermosa?

—La hay hija mia, no muy distante de tí; pero tu, cerrada en este castillo desde que el sol hirió tus ojos la vez primera, no sabes sino lo que te enseñaron tus ayos. Hay amiga mia sobre la tierra una religion mas dulce que el Islamismo; una religion que de lleno socorre al indigente, protege al desgraciado, como tu lo haces arrastrada de tus naturales instintos; una religion que temple la suerte que deploras de la mujer, que vela por ella y por su ventura desde el cielo; que obliga al marido á tener una sola esposa y á amarla como asi mismo se ama; una religion plantada sobre el amor; que proclama por do quiera la caridad, y que enjuga con su paño de consuelo las lágrimas del afligido. Esta religion, hija mia, es el cristianismo; y esta religion tan dulce, tan divina es la que me dispongo á abandonar por conseguirte á tí.

—Engaña... engaña su inocente corazon. Esclamó entre dientes, con voz estentorea Alí, que reclinado en la piedra que cerraba la mitad de su caverna, no habia perdido una sola palabra de aquella conversacion; infiltra en sus venas á tu gusto el veneno de tus palabras... infiel, no contento con robármela á mí, tratas de robársela tambien al Profeta? mientes... llegará un día en que yo salga de la cueva... y aquel día, será el día de la venganza.

Zahra quedó sorprendida de las palabras de Fortun; Acababa de oír lo que jamás había oído y lo que siempre había deseado; por otra parte era el lenguaje del amor el que lo ponía en su noticia. Fortun era quien le hablaba, y Zahra no podía resistir á sus palabras.

—Lectora, has tenido alguna vez la dicha, ó acaso la desgracia de amar con frenesí?... Si así ha sucedido conocerás á fondo el prestigio que las expresiones del cristiano ejercerían en el corazón de la mora, particularmente hallándose en la edad de diez y ocho años; pero sino has amado, en vano te fatigarás en averiguarlo: el ciego no puede conocer la hermosura del iris.

—Y es cierto? murmuró Zahra después de un largo rato de silencio: el cristiano no ama sino á una mujer?

—Cierto hija mía; la religión se lo manda; y en caso de retracción las leyes civiles le obligan á cumplirlo. En un matrimonio cristiano, la mujer no se ve humillada, no se ve degradada como en los serrallos; no es el objeto más agradable que el marido tiene en casa, como sucede entre los musulmanes; no está sometida al repudio cruel de que el hombre dispone á su voluntad, no; ella representa tanto como el marido, y ella tiene también sus derechos que aquel está obligado á respetar.

—Ay! exclamó Zara dando un suspiro; una mujer debe ser, muy feliz casada con un cristiano!...

—Al menos hija mía, no la sofocan esas inquietudes que á tí; sabe cuando se casa, que ella sola va á ser el objeto del cariño de su marido; y que ya nadie la separa de él, ni aun la muerte; por que como su misma religión asegura *«la union en este mundo de dos esposos, es un reflejo de la union eterna que han de experimentar en el otro»* (1) á diferencia del Islamismo que hasta en el otro mundo establece superioridad entre el hombre y la mujer, enviándolas á un paraíso diferente del de aquellos (2). La religión Cristiana es toda amor.

(1) Nota 13.

(2) Nota 1.ª, párrafo 14.

—Una religion, dijo Zahra distraida, y fijando sus hermosos ojos en el azul del cielo; una religion que es todo amor no puede ser mala.

Fortun oyó con sumo placer una exclamacion semejante, tan involuntariamente escapada de su alma.

—Volvamos Zahra á mis ilusiones, prosiguió luego en tono de broma y de amor; cuál preferirias, el primeró ó el segundo esposo?

—Quién duda? el segundo. La fidelidad del marido puede faltar con el tiempo; puede encontrar otra mujer de mas gracias que la primera y rendir su corazon ante ella; pero si sus leyes, si su religion se lo prohíbe, qué tranquilidad tan dulce debe experimentar su esposa!... Asi ya concibo el castillo ideal que ha fingido tu mente.

—No; no es tan ideal como piensas Zahra; ese castillo que tanto te encanta te lo promete desde ahora tu Fortun; y yo mismo te me ofrezco como uno de los dos maridos que te han fascinado; si insistes en que me haga musulman, tendrás en mi el primer esposo; amante fiel, pero libre en el tálamo nupcial. Si tu te haces cristiana, en el instante mismo de las bodas, deposita tu marido todo su cariño, todo su amor en tu corazon, como en un vaso sellado; la fuerza de las leyes y la fuerza de la religion son tu garantia. O Zahra! continuó mas enajenado y tomándole la mano; uno de los dos tenemos que faltar á nuestras creencias, tenemos que abandonar nuestra religion; de hacerlo yo, no se me sigue ninguna ventaja, de hacerlo tu, son innumerables las que gozas; qué resuelves?....

Zahra callaba; su mano derecha descansaba con languidez entre las de Fortun; con la izquierda agarraba una de las puntas del manto: su cabeza, donde bullian mil pensamientos, reclinada sobre la nuca, dejaba caer por la espalda las seis largas trenzas del cabello; sus ojos inmóviles miraban al cielo; su frente se mostraba pálida, y sus labios entreabiertos.

Una diosa dormida no hubiera estado mas hermosa que lo estaba entonces la Princesa entre las flores de su jardin, y alumbrada por una luna plácida que se iba inclinando hácia el horizonte.

—No me respondes Zahra? preguntó Fortun.
Iba á hablar la Princesa, pero un redoble de clarin que sonó de repente en el castillo sacó á los dos amantes del mágico adormecimiento que disfrutaban.

—A la oracion, dijo Zahra. Y se levantó agitada.
Fortun hizo lo mismo.

En efecto aquel clarin daba aviso á los musulmanes del castillo de que el Muezzin habia llamado al Alatema, ó sea á la oracion de la noche.

—Cuánto siento dejar este jardin! qué delicioso está! querás que volvamos mañana á la misma hora? añadió.

—Es indispensable; respondió Fortun; me debes una contestacion.

—Zahra se echó á reir con candor, y apoyada en el brazo de su amigo se dirigieron al interior del castillo.

Cuando Alí conoció por el silencio no interrumpido, que habian desaparecido; entró furioso en su caverna, cogió un puñado de azufre, y lo arrojó con rabia sobre el hornillo donde tenia colocada la redoma, por ver si aumentando el fuego, aceleraba el dia de su venganza.

—Mañana... murmuró entre dientes con satánica alegria; mañana volverán los dos al jardin... mañana volveré yo á oírles su conversacion.

Y dió un fuerte latigazo al negro, para que tirara con mas ligereza la cadena del gran fuelle que soplabá á la fragua.



CAPITULO VII.

DEL AMOR AL CRISTIANISMO.

RECOGIDA Zahra en su cámara, pensó por primera vez con formalidad sobre sí misma. Tenia presentes, sin perder una, todas las palabras de Fortun; y si el tierno corazón de esta niña se rendia apasionada al imperio de su voz, su razon le iba enseñando que la religion de Cristo, tal como su amante la presentaba; no era otra cosa que el cumplimiento de todos los deseos que habian agitado su juventud durante diez y ocho años.

Zahra veia abrirse á sus ojos un nuevo mundo; un mundo de amor y de caridad; y este mundo en que soñaba; este mundo que su fantasia habia imaginado tantas veces, lo hallaba realizado bajo el influjo del cristianismo.

—Una cristiana se decia en su interior, puede vivir en su alcazar retirada de la sociedad; sola con el objeto á quien ama, recibiendo por entero las caricias de él, y sin temor de que su afecto se vea dividido entre otras mujeres, y entre infinidad de esclavas. Vivir así... debe ser vivir en el Paraíso...

Mecida la Princesa en el silencio de su cámara por tan hala-

güeñas reflexiones; débil y vacilante como toda niña á quien impele ese huracan irresistible, el huracan del amor; ya habia resuelto hacerse cristiana, cuando una aterradora reflexion la sorprendió de repente, y la hizo estremecerse con fuerza: su padre, su querido padre se opondría á ello; y tenia que renegar de él ó de la dicha que habia concebido.

Una lágrima de fuego se arrancó de su corazon y abrasó sus párpados.

El sueño puso fin á tan encontrados devaneos.

Cerrado Fortun en su habitacion, no estaba menos conmovido que la Princesa; conocia que su pasion á esta jóven era ya delirante; que no le quedaba otro recurso sobre la tierra que poseerla ó morir; pero habia jurado en su infancia sucumbir defendiendo su religion; posteriormente en la misma cámara que se hallaba, habia jurado tambien ante la cruz de su cota no ser infiel á su primer juramento, y sacrificar en último caso aquel amor que le dominaba ante las aras de su Dios. Fortun no lloraba, porque las lágrimas huyen de un jóven guerrero; pero una fiebre violenta hacia palpar su pecho y abrasaba su frente. En lance tan critico saca un escapulario de la Purísima Concepcion, que su hermana le habia cosido en el forro de la almilla; y ante la efigie de María, dobla la rodilla, inclina la cabeza, ora unos momentos con fervor; y en su oracion pide á la madre de Cristo alumbre el espíritu de Zahra para hacerla conocer la verdad; y á él le dé fuerza en sus expresiones para atraer aquella Princesa celestial á la religion de los ángeles.

Vosotros, enamorados del siglo XIX; no tomeis semejante proceder como una ridiculez; no censureis no, las acciones de un guerrero del siglo VIII; no han sido en todo tiempo los jóvenes tan escépticos como vosotros; esa religion que hoy profesais sin entusiasmo y por rutina, fué defendida con el acero y regada con la sangre de vuestros abuelos. Apenas el hombre entraba en la edad viril; cuando prestaba juramento solemne de perder su vida en defensa de su Dios. Con la imagen de la cruz en el pecho, y la de su amante en el corazon, se lanzaba intrépido á la pelea; arrancaba con denuedo los laureles ocul-

tos entre el valor de sus enemigos, y gozoso marchaba en seguida á rendirlos á los piés de su dama que lo acogia risueño. Aquello era tener corazon, religion y honor; aquello era amar, y asi amaba Fortun: pero al desgraciado lo habia colocado la suerte entre los términos de un dilema cruel: convertir á Zahra; ó renunciar á su amor; ó renunciar á su Dios. El hijo de Hernan temblaba ante su situacion, pero su fé viva le hacia confiar en el cielo.

La aurora comenzaba á brillar en el horizonte; el clarin de la guardia anunció el nuevo dia, y el castillo dormido pocas horas antes; volvió á su animacion, volvió á su vida.

Nada podemos referir de particular: Abou-Alhama bajó á abrazar á su hija despues que ella regresó del baño, y la halló con harta sorpresa suya, mas pálida y mas melancólica que de costumbre.

No nos detendremos en pormenores indiferentes, y pasaremos con rapidez al crepúsculo de la tarde.

Apenas las sombras de la noche se dejaban caer por los valles; cuando Ali sacó la cabeza de su madriguera, á ver si oia la voz del cristiano y de la mora.

—No estan; murmuró con rabia y volvió á su elaboratorio. Difícilmente habrian trascurrido cuatro minutos cuando de nuevo se puso en acecho; pero nada oyó, y otra vez se internó en la caverna.

El sol se habia sepultado en el ocaso; la luna asomaba plateada en el Oriente; un céfiro suave meneaba las hojas de los árboles, y el perfume de las flores embalsamaba la atmósfera en el paraíso de la Princesa.

Esta y Fortun penetraron del brazo por el vallado que lo rodeaba, y se sentaron en el mismo sitio que lo habian hecho la noche anterior.

Alí escuchó impaciente por tercera vez; é hizo un movimiento involuntario de alegría.

—Ya estais bajo mi dominio, pronunció entre dientes con infernal sonrisa, y se hincó de codos en la piedra que cerraba la parte inferior de la boca sombría de su cueva.

El rostro de Fortun derramaba espresion, pero en el de

Zahra se veia una languidez semejante á la que presenta el lirio al marchitarse.

—Otra vez volvemos á hallarnos juntos y á la misma hora, dijo Fortun.

—Si pero mi pasion avanza cada dia á pasos acelerados respondió Zahra conmovida, toca, toca mi frente, y la sentiras arder: hasta las flores parece que exhalan amor esta noche.

Y cubriendose el rostro con el pañuelo se echó á llorar abiertamente.

—Qué tienes Zahra? le preguntó Fortun alarmado.

—No sé, déjame llorar, solo llorando hallo gusto.

Fortun calló y el silencio del pensil era interrumpido únicamente por los sollozos de su ama.

—Zahra, dijo Fortun con timidez, te incomoda estar á mi lado?

—No me martirices Fortun, quién sino tu es la causa de mi llanto? por tí siento debilitarse el afecto que profesaba á mi padre, á mi padre que me amaba con delirio, que por mí renunció al mundo y se cerró en las murallas de este castillo. Siento si, que se apaga mi afecto hácia él porque insensiblemente me voy inclinando á tí, á tu religion, y á todo lo que es tuyo; pues á mi Fortun me basta en el cristianismo que lo profeses tu para parecerme bueno.

El hijo de Hernan no podia respirar de gozo.

—Oh! exclamó, y que placeres experimentarás entre mis brazos y bajo la proteccion de Cristo; entonces verás realizado el castillo que imaginabas anoche.

—No, no puedo yo experimentar placeres completos lejos de mi padre. Pobre anciano! exclamó dejando caer los brazos y levantando al cielo los ojos bañados en lágrimas: ;cómo sentirás la ausencia de tu hija! como imputaras su crueldad!... pero ay... si supieras lo que es amar... si amaras como yo amo!...

Fortun la interrumpió diciéndole.

—No; Abou-Alhama no te imputará de cruel, porque no tienes que abandonarle: á Abou-Alhama lo aprecio yo tanto como tú, y un disgusto suyo seria un disgusto mio.

—De veras? preguntó Zahra sonriendo, tambien amas tu á Abou-Alhama?

—Pues que, no es él el que me concedió la libertad? y sobre todo, no es el padre de Zahra?...

—Qué bueno eres Fortun! pero ay! el Emir no me permitirá de ningun modo que abrace el cristianismo: qué horror! pensar tal cosa es pensar un imposible.

—Algo tenemos que trabajar por nuestra parte Zahra para conseguirlo: y para gozar despues, algun sacrificio hemos de hacer de nuestros sentimientos por de pronto: mira si quieres conseguir cualquiera cosa de un superior, pídele doble, y concediéndote, la mitad alcanzarás lo que deseas.

—No te comprendo...

—Oye; si á tu padre le dices simplemente que quieres abrazar el cristianismo, porque son innumerables las ventajas que sobre el Islamismo ofrece á tu felicidad; desde luego que no te lo concederá, antes al contrario, tal vez se llenará de furor y nos castigará á tí y á mi. Celoso musulman no escuchará la voz de la razon, no reflexionará un punto, y acaso te precipitaria por su tenacidad en un piélago de desgracias: pero si en una noche tan placentera como la que ahora disfrutamos, huimos del castillo en mi corcel, velados por la claridad de la luna, é impelidos por el amor que nos anima; Abou-Alhama llorará la pérdida de su hija, y si pasado algun tiempo se la ofrezco cristiana; callará entonces la religion y hablará solo el amor paternal; te llamará, me suplicará que se la entregue, y despues de estrecharte entre sus brazos, nos permitirá vivir á los dos en Cervera con nuestra servidumbre: por qué no? la cruz y la media luna no habitan juntas? en Toledo, en Segovia y en otras grandes poblaciones del imperio de Abderramen, no estan mezclados moros y cristianos? no, el Emir no nos lo prohibirá, antes bien, el mismo nos lo rogará.

—Tienes razon en cuanto dices, pero yo sin salir jamás del castillo en que me he criado, sin conocer otras personas que las que en él habitan, á dónde iré infeliz fuera de sus muros?... cómo podré vivir tranquila lejos de mi padre?...

—Irás á casa de Hernan.

—Esta respuesta serenó á Zahra extraordinariamente.

—En él encontrarás otro padre el corto tiempo que permanezcas ausente del Emir, conocerás á mi hermana Isabel, la dulzura de su caracter, producirá grandes simpatias en el tuyo, y disfrutarás con ella los encantos de la amistad que jamás has gozado tratando hasta aquí solo con bravos musulmanes.

El alma de Zahra iba cediendo adormecida á las espresiones de Fortun, como cede una rosa á los besos del aura. Su corazon solo ambicionaba afectos, y en hablarle de amor, de amistad, sucumbia sin resistencia ante ellos.

—Despues, prosiguió el cristiano, cuando tu suerte se haya fijado, cuando tú, sola tú seas la esposa de Fortun; aparecerán un dia esas montañas cubiertas por millones de guerreros que amenacen la ruina de la corte del Emir. Mil penachos temblarán en esas colinas; mil tizonas se levantarán contra estas murallas; y el momento en que Abou-Alhama espere su muerte y la de su ejército; Zahra, su querida Zahra, se presentará por encanto en la plaza del castillo, acompañada de Fortun, abrazará á su padre, y con un beso de amor, le entregará la paz y la victoria. Hernan estrechará en seguida la mano de Abou-Alhama; y aquel ejército que poco antes amenazaba cual furiosos leones, lo verás desfilar ante la torre del Emir como un ganado de humildes corderos.

Zahra manifestaba en su rostro lo agradable que le era la conversacion, pero una idea vino de pronto á enturbiar su alegría.

—Son ilusiones Fortun y nada mas que forma tu amor; dijo con tristeza, esta noche lo ves todo sonreir ante tus ojos, pero no prevees los inconvenientes que hacen imposible su realizacion; tu quieres colocarme en medio del castillo con la bandera de paz; ¡que halagüeño seria para mi ese momento, pero que difícil de conseguirlo!... ignoras acaso el valor de mi padre y el de los zenetes que defienden el alcazar? ignoras que perecerán todos antes que rendirse? y entonces, cómo he de presentarme á brindarles con la paz, si solo podrán pisar tus huestes este suelo, trepando por las ruinas de las murallas y los cadáveres de sus habitantes?... ay qué horror! exclamó

la Princesa estremeciéndose, dejemos Fortun semejante conversacion.

—No Zahra, respondió sonriéndose satisfecho; no hay que abandonarla por horrorosa, pues cuanto te he dicho no son como crees, ilusiones que mi mente ha fraguado por fascinarte un momento; son realidades que mi mano ejecutará para obligar á tu padre á que condescienda con nuestros deseos. No ignoro Zahra el carácter inflexible del Emir, ni la intrepidez y constancia de los guerreros que defienden la fortaleza de Abou-Alhama: pero cuando las falanges sitiadoras sean mandadas por Fortun, antes de derramarse una gota de sangre, antes de dispararse una saeta; si Zahra, la bandera de la paz tremolará en la cámara del Emir: no sabes de que modo?...

—No; no puedo comprenderte.

—Pues oye, añadió sonriendo, voy á instruirte para disipar tus temores, en un estratagema de guerra. Yo tengo muy conocidos todos los alrededores y rincones del castillo, y tengo tambien tomadas ya mis medidas para una conquista sin accion; acaso para la primera conquista ganada por una mujer; para asediar el primer castillo que sucumba ante el amor, cosa que á mi me es fácil conseguir en la presente ocasion. El subterráneo que suministra agua á tu baño concluye al nivel del rio...

—Ahora ya te comprendo, exclamó Zahra sorprendida con alegría.

—Me comprendes? pues escucha.

—Cuando las cohortes cristianas ofrezcan desde los montes el estado mas hostil; y el musulman del castillo examine embebido desde las almenas las evoluciones del enemigo; cuatro robustos soldados echan abajo en un momento impunemente la muralla de piedra viva que separa del rio dicho subterráneo: y entonces Zahra y Fortun, no pueden presentarse en la plaza fuerte por encanto y sin ocasionar el menor daño al ejército del Emir? qué satisfaccion experimentará tu padre... que satisfaccion tus ayos... que satisfaccion todos los guerreros cuando en vez de su ruina, se encuentren con la hermosa Zahra, con su Princesa, que benigna cual siempre, les brinda con la paz...

Les ofrece la victoria?... á vista de un rasgo tan generoso del cristiano, podrá negarse Abou-Alhama á las súplicas de Zahra y de Fortun? desoirá á aquella hija querida que vuelve á estrechar en sus brazos? despreciará los ruegos de su salvador Hernan? No: Abou-Alhama es reconocido, es generoso; y su generosidad no podrá negarse á acciones tan bellas: ama mucho á su hija, y á todo trance le proporcionará su mas completa felicidad. Si Zahra; continuó enagenado, viviremos en Cervera, y mientras en el castillo se rinde el culto á Mahoma, nosotros en un suntuoso Palacio, en un Palacio de amor, recogeremos la dicha que derrama sobre dos tiernos esposos el culto de Jesucristo.

—Mientes; murmuró Alí desde la puerta de la cueva; mientras villano; seduce, seduce ese corazon incauto; pero no agarraras el fruto de tu alevosia, tengo en mi mano, añadió cerrando los puños con la fuerza de una terrible convulsion; tengo en mi mano la cuerda invisible de los once nudos á cuyo poder tiembla el mundo y se hunden las religiones.

Alí dejó caer la cabeza sobre la piedra y calló, pero sus músculos continuaban agitándose.

—Ya quisiera estar en ese momento tan agradable, dijo Zahra animada por tan halagüeñas esperanzas, y hermosada por la luna que bañaba su rostro con un rayo de plata.

—En nosotros consiste Zahra, huyamos cuanto antes y regresaremos pronto; nuestro amor se verá coronado, y nuestros deseos cumplidos.

Zahra exhaló un suspiro: le habian agradado en tal manera las imágenes, los proyectos que Fortun trazaba en su conversacion, que ya creia verlos realizados; pero cuando tropezó con la fuga que tenia que verificar antes; cuando reflexionó que iba á verse separada de su padre, se afligió su ánimo, y su alma se llenó de amargura.

—Fortun, prosiguió con voz debilitada; y he de abandonar á mi padre... tanto exige de mi el cristianismo?

A esta pregunta se replegó Fortun sobre si mismo, se hirió un poco su amor propio y le contestó en tono de reprension.

—Zahra, no permanezco yo apartado del mio? amas tú aca-

so á Abou-Alhama mas que yo á Hernan? no vivo ausente de mi hermana y de mi patria? no me he hecho sordo á las afecciones de los unos y á los gritos de la otra?... no he olvidado todos mis deberes por tu amor?...

—Tienes razon; contestó la Princesa con melancolia, y bajó los ojos.

—La separacion que de ti exijo es indispensable á nuestro plan, es una separacion por muy pocos momentos; y al invitarte á abrazar el cristianismo, no lo hago con una verdadera abnegacion de mi mismo? no lo hago únicamente por ofrecerte una dicha mas completa? Si Zahra mia, continuó enterneciéndose; la religion de Cristo es la única que satisface las almas grandes como la tuya; es la única que cierra ese vacio que el hombre siente incésantemente en su corazon, y que le hace arastrarse por el suelo cual vil gusano lleno de inquietudes... Zahra, y por una religion tan sublime, tan benéfica que hoy adoptas recibéndola como escudo de tu amor, pero que te embriagará á luego con la multitud de delicias que emanan de ella á manera de fuente cristalina; es mucho sacrificio abandonar por algun tiempo un padre que abrazarás despues mas tranquila... mas feliz... qué me respondes Zahra?

—Que estoy resuelta á seguirte.

Y derramó una lágrima semejante á una perla de las que adornaban su cabeza.

—Te sigo Fortun porque te amo, ya lo sabes; pero dame palabra de volver pronto al regazo de mi padre; tiemblo al poner el pié fuera de estas murallas.

—No tiembles Zahra; dijo Fortun apretándole la mano; no tiembles mientras estés á mi lado: volveras pronto á abrazar á tu padre, y volverás unida á tu amante esposo; yo te lo prometo á fé de cristiano.

—Y ahora, preguntó Zahra con voz mezclada de tristeza y dulzura, te quejarás de mi? acusarás mi amor? dime Fortun no dejo yo tambien por tí mi padre? no huyo de mi cámara? no abandono la religion del Profeta para abrazar la de Cristo que no conozco, y que me agrada solo porque es tuya? me dirás que no te amo?

—Ah!... no puedes conocer Zahra el enagenamiento que tus palabras siembran en mi pecho ardiente; y me huelgo todavía mas al pensar que la religion que hoy aceptas, te retribuirá ella misma con su premio, y cuando un sacerdote digno te abra su seno, conocerás el fondo de sus bellezas: ella suaviza al fuerte, ella socorre al huérfano, ella protege á la viuda, ella vela por la felicidad de los casados; y los pone á salvo del peligro de los demas hombres. Dices que no conoces la religion de Cristo; no lo dudo hija mia, muchos no la siguen solo por no conocerla: es como ella misma dice, semejante á las tiendas del Cedar, fea por fuera y lujosa por dentro; es un panal de miel que oculta el manjar divino con una cubierta de amarga cera.

La Princesa, recostada en el hombro de Fortun, escuchaba sus espresiones en silencio; y el poder mágico de su voz se difundia por sus venas, como se difunde una corriente de calor en una atmósfera pura.

Un largo rato pasaron asi, durante el cual Ali miraba hácia arriba, anheloso en la duda de si se habrian marchado ó no los objetos de su presa.

Algunas nubes de caprichosas formas que atravesaban la atmósfera, impelidas por un suave viento de tramontana, ocultaban la luna por intervalos desiguales; y las sombras fugitivas que proyectaban en la tierra hacian mas pintoresco el Paraiso de la Princesa.

Por fin Zahra levantó la cabeza y dijo á Fortun.

—Cuándo quieres que partamos?

—Estás resuelta? preguntó gozoso.

—Sí; ese trance cruel que me aterra pasémoslo pronto; solo en tu compañía podré sufrir la última mirada que dirija á mi castillo.

—No te aflijas Zahra, regresaremos al instante; y nuestro proyecto no puede fallar; tendrá buen resultado, pero antes es preciso, para ponernos á salvo de toda sospecha, suplicar al Emir que las próximas noches nos permita alargar nuestro paseo hasta esas colinas inmediatas que hay al otro lado del pueblo, con objeto de que cuando llegue el momento,

cuando ya todo lo tengamos dispuesto, y mi corcel espere en el camino no estrañe nuestra salida fuera de las murallas.

—Muy bien lo has pensado, Fortun, pero quiero marchar pronto para volver pronto.

—Todo hija mia lo haré á tu gusto: marcharemos si te parece dentro de cuatro dias.

—Se marchan pronto... gritó Alí furioso, vendrán casados... y se precipitó en el fondo de la caverna; quitó bruscamente la cadena de la mano del negro, y agitándola con mas ligereza que él, y avivando con un hierro el fuego de azufre que ardia bajo la fatal redoma, murmuraba con ojos mas encendidos que su fragua.

—Hierva redoma... cuatro dias faltan para mi venganza... hierva... hierva redoma.

Un humo sulfuroso infestaba la cueva.

—Vamos, dijo Zahra, luego tocarán á la oracion.

Y se apoyó en el brazo de su amante.

No bien habian salido del vallado, cuando se oyó en confuso, allá... muy á lo lejos, la voz del Muezzin que desde el minarete de la Mezquita, llamaba al Alhatema. En seguida el redoble de un clarin sonoro convocó al mismo efecto á los guerreros del castillo.

—Escuchas? preguntó la Princesa á Fortun y comenzaron á andar mas acelerados.

Fortun y Zahra acababan de concertar su viaje para dentro de cuatro dias; y cuatro dias faltaban al hijo de Mahomet para resolver el problema del nudo trece de la cuerda invisible.

En un mismo dia se iban á consumir, ó el amor vehemente del cristiano y la mora velado por su fuga; ó la venganza horrible del cruel Alí. El tiempo era precioso, el tiempo se media por momentos, un solo instante va á decidir de la suerte de los unos ó del otro. Quién vencerá?...

CAPITULO VIII.

UNA NOCHE DE AMOR.

SERIA algo mas de media tarde; Zahra y Fortun se hallaban en la cámara del Emir, sentados á derecha é izquierda de este, que se arrellanaba voluptuosamente en los cojines de terciopelo.

Una gruesa pipa llegaba á su boca desde una taza de agua, y á su frente exhalaban abundantes perfumes de la Arabia, dos pebeteros de plata con filete de oro.

Abou-Alhama estaba mas cariñoso que nunca.

—Hija mia, decia á la Princesa que rebosaba alegría; que satisfaccion disfruto hace algun tiempo.

—Por qué? preguntó Zahra con angelical sonrisa.

—Porque he visto desaparecer de tí aquella especie de inquietud, aquel disgusto habitual que me hacia creer no llegarías á disfrutar en la vida una tranquilidad completa: tus deseos eran vagos, y tal vez corria tu espíritu tras una sombra liviana.

—Padre!... respondió Zahra sorprendiéndose con inocencia; pues quién ha podido enteraros de mis sentimientos?

—Tú misma, hija mia, no me he cerrado en este castillo con-

tigo solo por salvarte del peligro que te anunció el Elymas Mahomet? no hemos vivido diez y ocho años entre estas murallas?... qué otra cosa he hecho amada mia, en ese tiempo que estudiar tu corazón, que leer tus afectos?... Aquellas miradas indecisas, aquellos paseos solitarios, aquellos suspiros inadvertidos que tantas veces has exhalado entre mis brazos... no son para un padre un lenguaje mas espresivo que las palabras de tus labios...

—Es que tambien gozaba en aquellas miradas, en aquellos paseos y en aquellos suspiros...

—Sí; pero esos goces son de una existencia muy efimera; fundados en una ilusion desaparecen como ella, y á los veinte años te hubieras hallado seguramente en un mar de tristeza que hubiese ahogado tu alma. Mas hoy ya veo que tus deseos se han fijado, que caminas por el sendero de la realidad; y yo doy las gracias, añadió mirando á Fortun, al que te ha despertado de aquel sueño, que aunque dulce en un principio, luego te se hubiera hecho acerbo.

Zahra fijó los ojos en Fortun, y Fortun y Zahra los fijaron en Abou-Alhama.

El cariño corrió por sus corazones comunicado de uno en otro con la rapidez que una manga eléctrica corre por las nubes de una tempestad.

—Tambien tenia entonces, padre, dijo Zahra, mis placeres de verdad; os amba á vos y descansaba en vuestro regazo; el afecto á un padre no es un afecto soñado.

—No hija mia, contestó el Emir levantando el turbante de la Princesa é imprimiendo un beso en su frente; el afecto de un padre es muy sincero, es acaso el mas desinteresado, pero concluye muy pronto: y sinó mira en nosotros mismos el ejemplo. Tu querida mia, continuó con alguna tristeza, eres un pájaro que tiende sus alas por vez primera en el mundo; eres una flor que abre su corola al primer beso de la luz; y yo soy un roble anciano que he visto desprenderse una á una las hojas de mi juventud, que veo inclinarse lentamente mi cabeza hácia la tierra de donde salió: tu eres hija mia un arroyo puro de vida que estás aun muy cerca de la fuente; y yo, despues de

haber manchado mi corriente con las vueltas y revueltas de cincuenta años; con las desgracias que me han afligido, turbias ya mis aguas, me encuentro en el borde del mar donde todos nos precipitamos: tu comienzas la carrera Zahra y yo la concluyo; cómo ha de ser duradero nuestro encuentro en el camino? imposible. Cuando yo era joven, cuando yo tenía vigor, tu no me conocias; y todo el afecto que me abrasaba por tí, no contaba otro premio que una debil sonrisa que me enviabas desde la cuna....

—Padre, lo interrumpió Zahra poniendo las manos sobre sus muslos, y mirándolo con ternura, pues qué; no tengo ahora tiempo para amaros? no tengo tiempo para pagaros tanto cariño?...

—El afecto de un padre Zahra, no exige retribucion; es tan desinteresado... yo te amaba únicamente por el placer que me resultaba de amarte, y todos mis desvelos se han encaminado siempre á labrar tu dicha. No Zahra, no te empeñes... hoy que comienzas á apreciar mi afecto; no, ya no puedes corresponderle por entero, otro objeto... y se sonrió con gravedad mirando á Fortun: si, otro objeto distrae las efusiones de cariño que en vano intentas encaminar hácia tu padre... y esto no te alarme hija mia; todos lo hemos hecho; tal es la condicion del hombre sobre la tierra. El padre está condenado á amar á sus hijos sin un premio digno de su amor; sin embargo, el padre goza tambien en ellos; goza en verlos desarrollarse galanes, y aunque á medida que crecen, aunque á medida que avanzan, se alejan de él, que va retrocediendo, goza si los ve, aun cuando de lejos, alcanzar la felicidad que tan eficazmente les desea.

—De veras?... deseais con anhelo que sea feliz?

—Por ello sacrificaría mi propia vida: ah! siendo tú feliz lo sería yo tanto...

—Oyes? dijo Fortun con intencion á la Princesa; si tu eres feliz lo será tambien tu padre.

Zahra respondió con una sonrisa de ángel.

—Es preciso acelerar, repuso Abou-Alhama, el dia de vuestro enlace.

—Y no llevariais á bien que Hernan presenciara nuestras bodas?...

—Ah! exclamó el Emir levantando la cabeza: si Hernan se dignara pisar este castillo; si yo pudiera decir á aquella mano generosa que me salvó; «toma, habita mi cámara,» qué expansion gozaria mi alma!...

—No es el padre de mi esposo? añadió Zahra: ¿por qué se ha de negar á abrazar su hijo en aquel dia?

—Sí, Fortun; continuó Abou-Alhama con espresion: que parta al instante una escolta en tu nombre, y que entere de todo al valiente cristiano.

La luz iba faltando de la cámara.

—Padre, dijo Zahra como recordando de pronto una idea; nos permitireis alargar nuestro paseo por la noche hasta las vecinas montañas?

—Haz lo que gustes hija mia, qué inconveniente hay? La profecia de Mahomet ya está cumplida; ya te hirió, añadió sonriendo, el dardo emponzoñado del cristiano: debes hallarte ya en completa libertad...

Zahra y Fortun se levantaron para partir, pero el Emir los detuvo diciendo.

—Ya os marchais? no es todavía pronto? dejadme gozar un momento mas de vuestra compañía.

Los dos amantes volvieron á sentarse.

—Fortun, no me robes todo el afecto de mi hija; la amo tanto... ves esa gracia de su mirada? ves esa sonrisa de sus labios? pues es la gracia, es la sonrisa de su madre Nocima que murió al darla á luz.

—Os mostrais celoso Emir, dijo Fortun en tono de chanza.

—No; aun cuando no me bastaria para satisfacerme todo el amor que abriga el corazon de mi hija; conozco que una mujer puede amar á la vez á su padre y á su esposo. Vaya hijos, id, id á pasear, no quiero deteneros mas tiempo: os doy libertad ahora, con la condicion de que mañana me hareis otra visita.

Zahra besó la mejilla del Emir, y salió de la cámara apoyada en el brazo de su amante, que tambien se despidió con muestras de verdadero cariño.